

Mordisquito,
¡a mi no me la vas a contar!



Instituto
del *Paraná*

EDICIONES
Pueblos del Sur

RELATOS RADIALES
DE ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

MORDISQUITO

Discépolo, Enrique Santos

Mordisquito: ¡a mi no me la vas a contar! - 1° ed. - Rosario :
Pueblos del Sur / 2006
172 pág. ; 20 x 14 cm.

ISBN-10 : 987-21422-1-1

ISBN-13 : 978-987-21422-1-6

1. Periodismo de Opinión. I. Título
CDD 070.44

Fecha de catalogación 21-03-2006

© Ediciones PUEBLOS DEL SUR. 2006

Tucumán 1026 - 3° F - Rosario - Santa Fe - Argentina

Tel: 0341 - 4400460

E-mail: luismain@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse,
almacenarse ó transmitirse en forma alguna, ni por
medio alguno, sea éste eléctrico, químico, mecánico,
óptico de grabación o de fotocopia, sin previa
autorización escrita por parte de la Editorial



ISBN-10: 987-21422-1-1

ISBN-13: 978-987-21422-1-6

DISEÑO DE TAPA: VZZDiseño

DISEÑO DE INTERIOR: Lucas Mililli [Metonimia]
metonimia@arnet.com.ar

Esta 1° Edición de 1000 ejemplares se terminó de imprimir en abril de 2006
en: Talleres Gráficos Fervil S.R.L. - Santa Fe 3316 - Tel: 0341 4372505
E-mail: fervil srl@arnet.com.ar - 2000 Rosario - Santa Fe - Argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRIMER CICLO	15
I	17
II	19
III	23
IV	27
V	31
VI	35
VII	39
VIII	43
IX	47
X	49
XI	53
XII	57
XIII	61
XIV	65
XV	69
XVI	73
XVII	77
XVIII	81
XIX	85

XX	89
XXI	93
XXII	97
XXIII	101
XXIV	105
XXV	109
XXVI	113
XXVII	117
XXVIII	121
XXIX	125
XXX	129
XXXI	133
XXXII	137
XXXIII	141
XXXIV	145
XXXV	149
XXXVI	153
XXXVII	157

SEGUNDO CICLO 161

I	163
II	167

PRÓLOGO

Discípulo obligó a La Parca a presenciar la victoria del pueblo

Muchas veces, tantas que ya se me perdió la cuenta, se ha tratado de explicar el por qué del eterno retorno al peronismo por parte de una mayoría de hombres y mujeres que, en general, ni siquiera tuvieron la oportunidad de ver vivos a Juan o a Eva Perón. ¿Por qué razón tantos argentinos vuelven su mirada hacia aquella etapa, entre 1944 y 1955, en la que, según rezan la tradición oral peronista, la historia oficial peronista, la historia oficial gorila y otras interpretaciones más o menos míticas, algo cambió, de tal modo que algunos emergieron del anonimato social y pasaron a vivir mejor y otros, que siempre habían detentado el poder sin mayores dificultades, se vieron interpelados por un Estado que les exigía distribuir parte de su renta?

Obviamente, no hay una sola respuesta, no puede haberla. Sigmund Freud escribió, poco antes de morir, un apasionante libro en el que ensaya algunas teorías respecto de los orígenes de las religiones monoteístas y acerca de la muerte del padre a manos de sus hijos. Se llama *Moisés y la religión monoteísta* y, entre otras audaces hipótesis que el padre del psicoanálisis formula, una atraviesa esa obra como un haz que ilumina tanto la génesis de la civilización judeocristiana como, sin proponérselo,

por supuesto, la razón de ese movimiento pendular que lleva, una y otra vez, a la mayoría del pueblo argentino a darle una nueva oportunidad al peronismo.

En una apretada síntesis, Freud postula que Moisés no era judío sino egipcio, y que le tocó en suerte vivir bajo el corto reinado de Akinethon, un rey que impuso la adoración en un solo dios, Atón, universal y estricto en sus planteos morales y de ordenamiento social y religioso. A la muerte de Akinethon, los sucesores del trono perdiguen a los monoteístas, entre ellos a Moisés, que huye al desierto seguido por el pueblo judío, al que eligió para dirigirse a la Tierra Prometida, donde podrían revivir los tiempos de felicidad que el pueblo conoció bajo aquel reinado. Como se sabe, muchos murieron en el desierto antes de poder ver la Tierra Prometida (Moisés entre ellos), pero muchos otros nacieron sin poder haber experimentado aquella felicidad y, sin embargo, quisieron volver a ella, tanta era la fuerza del relato original sobre aquellos tiempos felices.

Bueno, pues ahí está. Tan simple como lo describe Freud. Esa mayoría circunstancial, cada tanto, elige al peronismo con la ilusión de volver, tras décadas dando vueltas en círculo en el desierto, aquella felicidad liminar que nadie puede desmentir, ni siquiera los detractores de quienes posibilitaron ese momento histórico.

Por supuesto, muchos de los críticos acérrimos que cosechó el primer peronismo llegan a reconocer que ése fue un tiempo feliz, sólo que le recriminan a Perón lo caro que le costó al país (en realidad, a una parte del país, representada por estos críticos y esa crítica), y una presunta oportunidad perdida de subir al tren de la modernidad, en sus versiones norteamericana y/o europea.

Enrique Santos Discépolo no explica el peronismo con alegorías o interpretaciones complejas. Claro, él,

mientras habla del peronismo, está viviendo ese peronismo, es contemporáneo de esos cambios radicales que se van produciendo bajo la batuta de Perón, un tipo que empieza a caerles raro a quienes esperan de él que cumpla el rol impuesto por la oligarquía a las Fuerzas Armadas. Él escribe tangos *bajo el reinado de Akinethon*, no tiene que recurrir a la tradición oral ni a escuelas de escribas para discurrir que entre la década infame y el estatuto del peón, la opción es fácil y simple.

Hace 55 años, en 1951, Discépolo es invitado a participar de un programa en Radio Nacional. La emisión, que iba por cadena nacional, se llamaba *Pienso y digo lo que pienso*, y la idea era que destacadas figuras artísticas de la época pregonaran los logros del gobierno peronista. A Discépolo el guión le parece malo, piensa que se trata de lisa y llana propaganda política en un año electoral. Pero, lejos de sacarle en cuerpo al convite, reformula ese guión y crea un personaje que es el estereotipo del gorila porteño, un retrato verosímil del antiperonista de entonces. *Mordisquito*, un fulano bravo, que se las tenía que ver con él, que también es un jodido, pero encima es peronista.

Es interesante observar lo que Discépolo pone en juego construyendo esos diálogos con *Mordisquito*. Cuánto y qué pone en la mesa de juego ese hombre esmirriado pero atrevido, enjuto y jetón, pero con estilo. Es interesante no sólo porque sirve para mensurar la densidad de la dialéctica de aquellos años 40 y 50, sino porque esa, su apuesta, permite repensar el rol del artista, del periodista, del hombre de la cultura, de los comunicadores de este presente al que la posmodernidad parece haberles dejado el mandato del no compromiso. Total, casi todo sería lo mismo y nada parecería definir el nuevo sujeto histórico por el cual valdría la pena soltar la rienda

de cualquier apuesta. Sirve para preguntarse si está mal tomar partido. Sirve, acaso, para reflexionar si es cierto que jugarse por una propuesta política afecta la objetividad de esos actores sociales que integran la presente escena cultural. Sirve, seguramente, para constatar que, en el caso de Discépolo, decirlo, decirle a la gente que habían optado por determinado camino, no le impidió pasar a la inmortalidad y le permitió, además, sincerar una relación compleja y asimétrica, en la que una voz puede incidir tanto en la opinión de muchos.

Discépolo pone todo de sí para expresar su apoyo a un gobierno que él piensa que ha venido a redimir las décadas que él padeció como artista y como hombre del campo popular. No le costó poco. Amigos, colegas del mundo artístico, prohombres de la *intelligentzia* porteña, críticos periodísticos, todos ellos lo denostaron hasta el insulto y la difamación. Su talento no sirvió de nada para evitar que la crítica porteña le asestara los mandobles políticamente correctos de aquellos días. Discépolo, dirigiéndose a *Mordisquito*, pero hablándole a esos indignados profetas de la cultura impuesta por *tablishment*, los interpelaba con esa atrevida y filosa lengua jetona: «La nuestra es una historia de civismo llena de desilusiones. Cualquiera fuese el color político que nos gobernó, siempre la vimos negra. Aspiramos a gozar y al final nos gozaron. ¡Todos! ¡Siempre! Una curiosa adoración, la que vos sentís por los pajarones hizo que el país retrocediese cien años. Porque vos tenés la mística de los pajarones y prácticas su culto como una religión. Cuanto más pajarón él, más torpe y más crédulo vos. Te gusta oír hablar a la gente que no me entendés nada; la que te habla claro te parece vulgar».

¿Exagerado? ¿Destemplado? ¿Sectario? El contexto de época ayuda a poner las cosas en su lugar. En un país

en el que a un presidente que ganó las elecciones contra casi todo el arco político restante se lo denomina «El Tirano», donde a las mayorías que rescataron de la cárcel a Perón en octubre de 1945 se las llama «cabecita negra» (años después se perfeccionaría ese calificativo y se lo reemplazaría por el más filosófico «aluvión zoológico»), la desmesura es un recurso más de una comunicación ruda, como ruda era la confrontación política del momento. Al fin y al cabo, cada vez que en la Argentina confrontaron —*confrontan*— dos proyectos de Nación, los tonos de la comunicación resultaron —*resultan*— destemplados.

Discépolo dejó en esos estudios de Radio Nacional algo más que coraje cívico. Dejó buena parte de su vida. Poco después, su salud empeoró y nunca se recuperó del todo, hasta su muerte, un 23 de diciembre de 1951. Ese hombre frágil en apariencia, pero feroz a la hora de sacar a relucir su verborragia militante, le hizo un guiño a La Parca y la obligó a esperar antes de llevárselo. Discépolo necesitaba disfrutar aquel triunfo peronista de 1951 antes de partir de este mundo. Necesitaba constatar que su *Mordisquito* había colaborado en la construcción de esa victoria así lo entendió Perón, quién no dudó en afirmar: «Gracias al voto femenino y a Mordisquito, ganamos las elecciones».

«Ahora sí, vamos», le debe haber dicho Discépolo a La Parca. Y partió, dejando a *Mordisquito* solo, muy solo.

HORACIO ÇARÓ, Marzo de 2006



PRIMER CICLO

I

Un malestar, una enfermedad resultan de pronto un balance de cariño, un inventario de ternura cuya medida uno creía capaz de sospechar y que, de pronto, lo sorprende desbordando, colmando la aspiración más vanidosa. A tal punto que sin la oportunidad de este micrófono me hubiera sido imposible expresar mi conmovida gratitud a uno por uno de todos los que se han interesado por mí. Lo peor de la enfermedad no es la enfermedad misma. ¡Qué esperanza! Es tener que explicarla. Contársela minuciosamente a uno por uno, a todos los que tienen la cordialidad de venir a visitarte. Vienen las tías que uno no vio desde la enfermedad pasada, y hay que contarles. Si es un resfrío o una gripe, la pregunta de práctica es, inevitablemente: «¿Cómo te la agarraste?» Yo no me la agarré. Es la gripe la que me agarró a mí. Vienen los amigos que ayer estuvieron al lado y te reprochan: «¿Pero cómo fue? Si ayer estabas lo más bien». Sí, ayer sí, pero hoy no. Hoy estoy lo más mal. ¿Acaso no puede ser? ¡Comprenderán que no ha sido por gusto! ¿Cómo me va a gustar a mí, que tengo apenas para defenderme dos docenas de glóbulos rojos, perder la mitad? No. Pero me ofrecieron la posibilidad de discutir desde este micrófono, y yo soy capaz de discutir hasta con un

glóbulo solo, porque para tener razones no hace falta más que un glóbulo en las venas, pero lleno de convicciones. ¡Porque a mí no me la van a contar! ¿A mí, que tengo cincuenta años de estatura, cincuenta años de los cuales los primeros cuarenta y cinco me los he pasado acumulando, soportando promesas que nunca se cumplieron? ¿Pero me la quieren discutir? ¡Y bueno! Yo comprendo que físicamente no puedo pelearme con nadie porque no soy ningún suicida, ¡pero discutir!...

¡Claro que vamos a discutir! No es que ser porteño signifique, obligatoriamente, ser descreído o ser escéptico. ¡No! Pero nos tuvieron tan acostumbrados, durante tanto tiempo, a prometernos la chancha, los veinte, el rango, el organito y la pata de goma sin darnos siquiera la mitad de los veinte que, lógicamente, ya no creíamos más nada, y frente a cualquier plataforma contestábamos: «¡Bah, promesas!» ¡Pero eso de seguir negando las cosas por inercia o como postura, no! Sobre todo que lo que ellos nos prometieron ayer sin dárnoslo, se cumple hoy: llega un Gobierno que toma las promesas en serio y las realiza.

Pero, mientras se construye, vos seguís negando y amenazando con: «el año que viene me la vas a decir». ¿Y qué te tengo que decir? ¿Que el año que viene vas a estar mejor?... ¿y el otro?... ¿y el que sigue? ¿Que hay conquistas que ya son de hierro y no se pueden perder, que no se van a perder? ¿Eso querés que te diga? Y bueno: vos querés discutir. Yo también. Te espero mañana, porque yo estuve enfermo estos días. Pero eso de que vos vivías antes mejor con 120 pesos que ahora con 1.500, no, no... ¡Ésa, a mí no me la vas a contar! ¡No!

II

Resulta que antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Sobre todo lo chiquito. Pasaste de náufrago a financista sin bajarte del bote. Vos, sí, vos, que ya estabas acostumbrado a saber que tu patria era la factoría de alguien y te encontraste con que te hacían el regalo de una patria nueva, y entonces, en vez de dar las gracias por el sobretodo de vicuña, dijiste que había una pelusa en la manga y que vos no lo querías derecho sino cruzado. ¡Pero con el sobretodo te quedaste! Entonces, ¿qué me vas a contar a mí? ¿A quién le llevás la contra? Antes no te importaba nada y ahora te importa todo. Y protestás. ¿Y por qué protestás? ¡Ah, no hay té de Ceilán! Eso es tremendo. Mirá qué problema. Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta. ¡Pero no hay té de Ceilán! Y, según vos, no se puede vivir sin té de Ceilán. Te pasaste la vida tomando mate cocido, pero ahora me planteás un problema de Estado porque no hay té de Ceilán. Claro, ahora la flota es tuya, ahora los teléfonos son tuyos, ahora los ferrocarriles son tuyos, ahora el gas es tuyo, pero..., ¡no hay té de Ceilán! Para entrar en un movimiento de recuperación como este al que estamos asistiendo, han tenido que cambiar de sitio

muchas cosas y muchas ideas; algunas, monumentales; otras, llenas de amor o de ingenio; ¡todas asombrosas! El país empezó a caminar de otra manera, sin que lo metieran en el andador o lo llevaran atado de una cuerda; el país se estructuró durante la marcha misma; ¡el país remueve sus cimientos y rehace su historia!

Pero, claro, vos estás preocupado, y yo lo comprendo: porque no hay té de Ceilán. ¡Ah... ni queso! ¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! ¿Me vas a decir a mí que no es un problema? Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez, y vos no decías ni medio; vos no protestabas nunca, vos te conformabas con una vida de araña. Ahora ganás bien; ahora están protegidos vos y tus hijos y tus padres. Sí; pero tenés razón: ¡no hay queso! Hay miles de escuelas nuevas, hogares de tránsito, millones y millones para comprar la sonrisa de los pobres; sí, pero, claro, ¡no hay queso! Tenés el aeropuerto, pero no tenés queso. Sería un problema para que se preocupase la vaca y no vos, pero te preocupás vos. Mirá, la tuya es la preocupación del resentido que no puede perdonarle la patriada a los salvadores.

Para alcanzar lo que se está alcanzando hubo que resistir y que vencer las más crueles penitencias del extranjero y los más ingratos sabotajes a este momento de lucha y de felicidad. Porque vos estás ganando una guerra. Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y rendidor que hace el metabolismo de todos los tuyos. Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilas porque tienen trabajo y encuentran respeto. Cuando las colas se formaban no para tomar un ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para

pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante olla popular, o un empleo en una agencia de colocaciones que nunca lo daba, entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo, no. Es ahora cuando te parás a mirar el desfile de tus hermanos que se ríen, que están contentos... pero eso no te alegra porque, para que ellos alcanzaran esa felicidad, ¡ha sido necesario que escasease el queso! No importa que tu patria haya tenido problemas de gigantes, y que esos problemas los hayan resuelto personas. Vos seguís con el problema chiquito, vos seguís buscándole la hipotenusa al teorema de la cucaracha, ¡vos, el mismo que está preocupado porque no puede tomar té de Ceilán! Y durante toda tu vida tomaste mate! ¿Y a quién se la querás contar? ¿A mí, que tengo esta memoria de elefante? ¡No, a mí no me la vas a contar!

III

¿Vos la querés seguir? Y bueno... , vamos a seguirla, pero dejáme antes aclarar una posición. Yo no discuto porque crea que tengo toda la razón del mundo. Al contrario, discuto porque creo que vos no tenés ninguna. Protestás porque te parece que es elegante. Lo hacés como una actitud. «Son criterios», decís. Y digo yo: ¿no será falta de criterio, en vez? Hay personajes que consideran que una actitud elegante en la vida es la de estar con un codo apoyado en el mostrador. Otros, sosteniendo el marco de la puerta, en los zaguanes de las casas. Hay también señoras que creen que la que no tiene por lo menos un complejo no es de buena posición. ¡Y bueno! A vos se te repujó en la cabeza la idea de que la posición fundamental es negar, desconocer, decir que no. Te parece que eso da mucha importancia. Que te regala la apariencia de un hombre que tiene ideas, cuando la verdad es que negás porque, en realidad, no tenés ninguna idea. La del hombre aquel que entraba siempre en las reuniones diciendo: «No sé de qué se trata, ¡pero me opongo lo mismo!» ¡Pero, no! ¡A mí no me la vas a contar! Vos negás, protestás, con la misma injusticia del que arma un escándalo en su casa porque «le perdieron» la llave del escritorio. Resulta que después de promover

la batahola, cuando ya todo está cabeza abajo y en la mitad del tobogán, la llave del escritorio aparece en la botamanga de su propio pantalón. Entonces, como ya no podría justificar todos los gritos en contra, con tal de no hacer el papelón, esconde la llave en el bolsillo y sigue protestando para mantener una actitud. Igualito que vos. Escondés, tu conciencia frente a la realidad de los hechos y seguís soplando contra el ventilador para no reconocer que la erraste. Y lo peor es que, queriendo sostener esa pirueta tuya —de resentido—, inventás argumentos de manteca. Sí, argumentos que se derriten a la luz de la evidencia más chiquita. Te molesta —¡lógico!— esa felicidad preciosa de la gente que cree en lo que ve. Vos seguís buscando vanamente el pelo en la sopa. Y pretendés haberlo encontrado con frasecitas definitivas como estas de: «Ahora uno llama a un electricista y, para colocar un enchufe miserable, te cobra quince pesos. ¡Yo no sé adónde vamos a parar!» A ningún lado. ¿Por qué? Si ahí está tu error. Es que ese enchufe miserable, como era miserable la situación de ese electricista, ya no lo son. No hay nada miserable ya. Todo ha adquirido dignidad. Ésta es la tremenda transformación que se ha operado y que vos, con la llavecita escondida en la botamanga del pantalón, seguís negando y desconociendo. Se ha dado dignidad a la gente. Todo el que trabaja es considerado dignamente. Y el que ya no puede trabajar se ha ganado una protección digna. Y es digna la criatura que todavía no trabaja, porque algún día ocupará su lugar de combate en la conquista del progreso común. Pero vos protestas porque te cobran quince pesos por colocar un enchufe. ¡Claro! ¡La conquista de la dignidad humana no cuenta para nada para vos! Para vos, lo único importante son los quince pesos del enchufe. Pero, decíme: vos, además de protestar, ¿trabajás en algo?

¿Sí? ¿No te das cuenta de que esa conquista admirable de la dignidad te alcanza a vos también y que todo se ha equilibrado sobre la marcha misma? ¿O no trabajás porque sos alabardero del rey y aquí rey no hay? ¡Únicamente así se entendería! Porque no me vas a contar que aquí falta trabajo. Ahora... No... ¡Ah!... Creía... Pero protestás sin advertir que lo único imperdonable es tu protesta. Y entonces, ¿de qué protestás? Mirá, «vamo a dejarla», como decía un reo. ¿Sí? Vamos a dejarla. Porque yo te respeto, pero a mí, ¡a mí no me la vas a contar!

IV

¡Mirá! ¡Yo puedo negar todo, vos podés negar todo!
¡Todos podemos negar todo! Pero hay algo que no se puede negar: la evidencia. Y vos sabés lo que es la evidencia. La evidencia es lo que está ahí, lo que te hace señas para que lo veas, lo que te grita para que lo oigas. Claro que si vos cerrás los ojos y cerrás los oídos, ni escuchás ni ves nada. ¡No ves vos, no escuchás vos!, pero la evidencia sigue firme, sigue erguida, sigue... ¡como fierro, sigue! Mirá: yo podría abrumarte tirándote encima un baúl de hechos evidentes, una montaña de conquistas evidentes, ¡una cordillera de milagros evidentes! Pero, en vez de salirte al paso con una evidencia de lo que está, yo te salgo al paso con una evidencia ¡de lo que no está! ¿No me entendés? No me extraña, porque cuando vos no querés entender a vos los razonamientos te rebotan en la cabeza como el jején en el tubo de la lámpara. Y yo levanto una lámpara, ¿sabés?; la levanto para iluminar las calles de mi patria, de tu patria, ¡y mostrarte una evidencia que no está! Los mendigos... ¿están? ¿Vos ves los mendigos? Sobre las calles —y al decirte *calles* te digo corazones y te digo espíritus— se desató el arroyo de la dignidad recuperada, se desató con una bárbara alegría de potro que transpira salud, y esa correntada se llevó a

los mendigos, vos lo sabés; pero no se los llevó para ahogarlos, sino para bañarlos, y llegaron a la costa limpios, peinados con la raya al medio, cantando, no el huainito de la limosna, sino el chamamé de la buena digestión. No; no te encojas de hombros y contestáme; yo te hice una pregunta: ¿vos ves los mendigos? ¿Dónde están los mendigos? Antes el pordiosero era una realidad en serie, como los automóviles. Los mendigos eran una vergonzosa institución nacional. Y fijáte que yo no te hablo con medias palabras; a mí no me interesa que quieras quedar bien con un partido o con otro. A mí me interesa que tu honradez reconozca para siempre los beneficios de que goza hoy tu dignidad. Y te digo todas las palabras que tengo, bolsas de palabras, barrios de palabras; el mendigo era en este país una vergonzosa institución nacional. Porque había gente que, así como unos hacen tangos, pañoletas o mandados, ellos hacían pobres. ¡Fabricaban pobres! Y los pobres se te aparecían en los atrios de las iglesias, en las escaleras de los subtes, en la puerta de tu propia casa, famélicos y decepcionados, con la cabeza como un paquete de pelo y debajo del pelo la dignidad en derrota. ¿Y ahora los ves? Decíme, ¿los ves? ¡Claro que no los ves! ¿Y eso no te conmueve? ¿O es que los extrañas? Porque si los extrañas, ¡estás frito! Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve, para ordeñar la vaca llena de leche o el racimo lleno de clarete reserva. Acordáte cuando volvías a tu casa, de madrugada, y descubrías en los umbrales, amontonados contra sí mismos, a los pordioseros de *tu* Buenos Aires. Ahora la exclusividad de los umbrales han vuelto a tenerla los novios; ahora no hay limosneros en los umbrales, ni en los andenes, ni en los cementerios. ¿Vos vas a los cementerios? ¿No?; te pregunto porque hay gente que va al cementerio sólo una

vez en la vida, y cuando va, la aprovecha y se queda; pero los que solemos ir para irnos acostumbrando de a poco y que el inquilinato póstumo no nos agarre desentrenados, vemos lo que vos no querés ver: que ni siquiera allí encontrás mendigos. ¿Y entonces dónde podés encontrarlos sino en un pasado cruel y desaprensivo que te empecinás en reconquistar? ¿Y para qué querés un pasado de indignidad y de miseria si tenés un presente de abundancia y de respeto? ¿O me vas a decir que no te diste cuenta de que si trabajás te respetan y te hacen la vida honorable y placentera? Yo te hablo con evidencias y te seguiré cargando con evidencias. ¡Sé honrado! No me digás que ves mendigos, porque, si los ves, es que me la querés contar, y a mí, ¡a mí no me la vas a contar!

V

¿Por qué hablás si no sabés? ¿De dónde sacaste esa noticia que echás a rodar desaprensivamente, sin pensar en lo irresponsable que sos y en el daño que podés hacer? Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos y vos me lo querés cambiar por el rollo en negativo del pesimismo, el chisme, la suspicacia y la depresión. No, si yo a vos te conozco, ¡uf, si te conozco! Vos sos, mirá, vos sos el que no podés disponer de hechos y entonces usás los rumores, y te acercás a mí para tirarme la manea de unas palabras en el momento más inesperado. ¿Sabés qué palabras, por ejemplo?: «¡La que se va a armar!»

¡Explicáte! Que tu actividad capciosa no se detenga en el umbral de las palabras, sino que atravesese el zaguán del prólogo y me tienda la mesa en el comedor de los hechos... hechos y no palabras, hechos y no rumores. Dale, servíme la cena. Poné sobre mi mesa eso que estás anunciando, pinchálo con el tenedor de una evidencia, cortáme el entrecote con el cuchillo de otra evidencia, ¡y hacé que yo trague el bocado evidentemente! Porque, hasta ahora, los rumores se fabrican aquí por quienes se alimentan de sus propias *milanesas*. Porque yo a vos no te entiendo. Vos me agarrás del brazo en la vereda, me anunciás que se va a venir una... se va venir una... y en

vez de venir una, te vas vos, y yo me quedo en la vereda tratando de no impresionarme, porque si yo fuera impresionable entraría en mi casa agachado como vos, hablando al bies como vos, y cuando los míos vinieran a saludarme alegremente, también yo levantaría la medianera de esas palabras sibilinas que me dijiste: «Menos alegría y vayan preparándose... porque ¡se va a venir una!» Pero yo vengo de vuelta, ¿sabés? Yo vengo de otras épocas llenas de palabras, superfluamente llenas de palabras; no había nada más que eso: barrios de palabras, tribunas de palabras, países de palabras, y por eso no creo en los rumores chiquitos y muchas veces miserables con que vos querés hacerle sombra a una realidad que está iluminándonos. ¿Por qué hablas si no sabés? ¡Entristecete pensarlo! Claro, a vos vino uno y te dijo que ayer mataron a treinta. ¿Dónde están los que mataron? ¿Fuiste al entierro? ¿Tomaste café en el velorio? No, vos no viste nada, vos no sabés nada, pero como alguien te lo dijo, vos lo repetís, y ¿quién se lo dijo a ese alguien? ¿Quién? Ahora me explico: será el mismo que anunció, por ejemplo, que Fulano y Mengano estaban presos. Y entonces, vos venís y me decís, siempre agachado, siempre haciéndote el misterioso: «¡Shhh... la cosa está brava! ¡Los metieron presos a Fulano y Zutano!» Y si te digo que anoche lo vi a Fulano con una rubia y que hoy almorcé casualmente con Mengano, vos me mirás con una lástima tremenda y me decís que es un truco. ¿Cómo un truco? ¿A mi me la vas a contar? ¡Yo estuve con Mengano! ¿Cómo que no? ¿Entonces, quién era? ¿Boris Karloff caracterizado? Pero, oíme, ¿no ves en qué época estás viviendo?, con kilos de realidades, toneladas de realidades, y entonces, ¿cómo podés mostrarte tan pequeño, tan chiquito, y ser un cómplice más en esta carrera de posta en la que los rumores más absurdos, cuando no cínicos, salen de

la obscuridad y quieren meterse en el pensamiento de los crédulos? Ya sé, decís que vienen desde el exterior contando con la colaboración de sus personeros, de los que, desgraciadamente, muchos son argentinos. Pero ¡no habléis tonterías! ¡Averiguá primero! Despreciá al malintencionado que te pasa un rumor como quien te entrega un billete falso... y no ves que si es falso, ¿cómo vas a comprar la verdad? ¿O vos no sabías que la verdad está en los hechos maravillosos que hoy nos rodean, y que la mentira está en esos rumores o calumnias que vos recogiste y amplificaste? ¿A mí me vas a contar que no sabés que son calumnias? ¿Que creés en los rumores? ¿Que pensás firmemente que... «se va a venir una»? ¡Fenómeno la que se va a venir! ¡Vamos, criatura, que somos pocos y nos conocemos mucho! ¡A mí no me la vas a contar!

VI

¡Ah, sí!... ¡Desde chico me gustó la empanada! Hay otras comidas excesivamente municipales. Comidas. Nada más que comidas. El arroz, por ejemplo, el que siempre es arroz, que nunca nos depara una sorpresa o tiene una iniciativa. Más allá del arroz no existe ni la suposición ni el misterio. A lo sumo, a veces, se maquilla con la anilina del azafrán, pero vos escarbás un poquito y a una milésima del azafrán ¡sigue el arroz! ¿Verdad que es cierto? Vos cortás la carne y dentro de la carne hay carne. Y esto es triste. Esto no puede satisfacer a un espíritu como el mío, que se emociona cuando le encuentra la pasa de uva al buñuelo. ¡Y la empanada es eso! ¡Es otra cosa! La empanada es una especie de baúl nutritivo que depositamos en el plato, suponiendo. ¡A mí me gusta suponer! ¡Y frente a la empanada me inquieto! ¿Qué habrá adentro? Cuando rompamos con los dientes esa bisagra prolijamente frita y las tapas se abran, como una ostra madre que se da corte mostrándole el berberecho al caracol de al lado, en ese momento importante y misterioso, ¿qué encontraré adentro? ¿La aceituna?, ¿el huevo duro?, ¿por qué no el anillo de compromiso de la cocinera? ¿Viste como hay que suponer? ¡Ja!... ¡Ja!... Porque el arroz no es nada más que el arroz,

y dentro de la carne sólo hay carne, pero más allá de la empanada está la sorpresa y la investigación. Por eso, cuando yo era criatura, la comía como si me comiera una aventura de entrecasa, pero después, la criatura que había en mí no pudo defenderse de las hormonas y se volvió hombre, y cada vez que el hombre se llevaba una empanada al centro del apetito, más allá de la empanada, ¿sabés qué veía? ¡Eso veía! ¡El comité! ¡No podía evitarlo! Vos me mostrás una lata de cera para el piso, y más allá de la cera yo veo el incendio.

Me acuerdo que en una película francesa había un pintor al que le mostraban un nadador y él ya veía un ahogado. ¡Lo mismo! A mí me mostraban una empanada ¡y veía el comité! Entonces ya no podía metérmele dentro a la empanada, ya no podía viajar sobre el picadillo y hablar de hombre a hombre con la pasa confidente. Esa empanada era el símbolo del comité. Era el escudo de armas de los malevos que alquilaban la puñalada y le llamaban *dotor* al caudillo de la chalina al hombro. En ese escudo la empanada tenía un cuadrante junto a la taba, la botella de vino y la libreta de enrolamiento que votaba sola. ¿Me lo vas a decir a mí? Yo no tendré ni talento ni vitaminas pero memoria tengo. Yo me acuerdo. Yo ya no era el chiquilín que transpira fútbol, ni siquiera el adolescente patético que hace un juego de espejos para comprobar si le está creciendo la nariz. Yo ya era un hombre entristecido por los otros hombres. Yo era un desencantado de la empanada. Porque mi dolor le estaba haciendo una radiografía, y en la placa no sólo encontraba el carozo de la aceituna sino también la cerradura rota de la urna y la bala que viajaba desde el servilismo hasta la opinión. ¿Vos no te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! Años, ¿sabés?, años esperé teniendo hambre. Años en que hice alpinismo en el arroz, esperando

que alguna vez la radiografía encontrase lo que ahora acabo de encontrar. Porque yo he vuelto a comer empanadas. Las pongo en el plato, las pongo después de haberlas descolgado de aquel escudo de armas que se vino abajo con la pared, con el techo y con el comité entero, mientras la murga de los malevos que decían *dotor* se alejó con un redoble de botellas rotas o derramadas. Ahora esta empanada es mía ¡y tuya! Mirála, fijáte. Ahora vos y yo podemos abrirla sin angustia porque tal vez encontremos adentro una caja de fósforos —un descuido lo tiene cualquiera—, pero no encontraremos más el voto vendido o exigido, ni aparecerá detrás de la yema la letra ce, la olvidada letra ce de la palabra *doctor*. ¡Qué enorme alegría!, ¿verdad? Oíme: la vida es complicada, muy complicada, y puede que en una de esas complicaciones yo me aparezca como huésped sentado a tu mesa. Y era eso lo que quería decirte: que ya no te inquietes, que ya sabés con qué podés convidarme: empanadas, ¡estrictamente empanadas! Hoy ya puedo comerlas; sin angustias, sin malos presentimientos. Con la tranquilidad del que vota por quien se le antoja. ¿Querés una dicha más grande? ¿O te gustaba más las otras? No. ¡Qué va!... ¡A mí no me la vas a contar!

VII

¿Por qué no pensás un poco, vos también? Yo no te pido que inventés una escuela filosófica o que leas a Einstein y te vayas a dormir con el teorema puesto. Yo te pido que abandones tu posición de terco y pienses... pienses en lo que estaba pasando y en lo que pasa ahora. Tenías una patria como una rosa, pero esa rosa no perfumaba tu vida sino que se estaba deshojando en el ojal de los otros. Ahora la solapa de tus enemigos está vacía y la rosa es tuya, ¡pero vos seguís como enquistado en una terquedad sin belleza y sin sentido! Aquello que antes te robaban y te negaban ahora es tuyo, ¡todo! Hacéte una recorrida: desde el quebracho de Charata —que está casi en el trópico— hasta las ballenas de Ushuaia, ¡y todo es tuyo! Zonzo. ¿No ves que todo es tuyo, que todo es tuyo y, además, es gordo? Porque aquí todo es gordo. La tierra, la dimensión, los tres climas, las frutas así de grandes, los cereales así de altos, ¡todo es gordo! Menos yo, todo es gordo. Tenés una provincia, y es tan grande como España entera. Tenés otra provincia y es más grande que Italia entera. La nuestra, la tuya, es una geografía lujosa, una geografía *abundante*. Y las tuyas y las mías y las nuestras no son extensiones secas y estériles, sino tierras de milagro, tierras a las que les das una semilla y te

devuelven un monte. ¡Tierras donde dejás caer un pucho y a la tarde ya hay un árbol de boquillas! Tierras que transpiran jugo, tierras a las que vos te agachás y oís crecer el pasto. Claro que antes crecía y lo escuchaban nada más que los de afuera. Pero ahora el trigo, el maíz o la ipecacuana cantan la ópera para vos. ¡Esto quiero que comprendas! Para esto quiero que pienses. Para esto necesito que quiebres la cáscara de tu terquedad. ¡Pensá en una patria subdividida y administrada por tenedores de libros que subían el cuatro y bajaban el nueve en todos los idiomas, menos en el tuyo; pensá en esa misma patria ahora contabilizada con números criollos! Mirá, una vez, hace veinte y tantos años, hice un viaje a la Patagonia, que queda en el sur. Te hago la aclaración por las dudas, porque durante mucho tiempo los argentinos no supieron dónde quedaba la Patagonia —¡los extranjeros lo sabían perfectamente, pero los argentinos no!—. Al sur, ¿sabés? íbamos navegando y el barco se aproximaba a la costa cuando vi una franja oscura sobre ella, que yo creía un acantilado. Pero no. El capitán me aclaró: «No, Discépolo. ¿Cómo acantilado? Lo que usted ve es la lana que apilan antes de seleccionarla para el embarque». «¿Todo eso es lana?» «¡Todo!» ¡Y era cierto, sí! Era lana. Todo lana. Y detrás de esa nube —¡de esa nube... gorda!— estaban los carneros, apurados en hacerse crecer la lana para la próxima esquila, y las ovejas, también preocupadas por no quedarse atrás frente a los carneros y a los consorcios que las vigilaban. ¡Lana! ¡Meta lana! ¿Y para qué la daban sino para que se las llevarsen a donde había resuelto llevarla gente que no era tuya y que te hacía dormir a vos, el dueño de tu lana, en un colchón de estopa o en la tierra? ¡Claro, yo no te echo la culpa a vos! Eramos una factoría, y aquel sobretodo afeitado de las ovejas y de los carneros serviciales se

perdía estúpidamente en una exportación pirata. ¡No, no; yo no te echo la culpa a vos! La única culpa tuya era no pensar entonces; ¡es no pensar ahora! ¡Pensá, entonces! Pensá en aquella fruta fabulosa de Río Negro que viajaba al extranjero y la traían de regreso a un precio de lujo envuelta en un papelito de seda. ¡Lindo el papelito! Celeste el papelito, verde el papelito. ¡Caro te costó el papelito! Y no la querés entender. Pensó en todo eso, sentí el despertar de esta patria maravillosa, y en vez de ser lo que sos: un terco, sé lo que tenés la obligación de ser: ¡un agradecido! Contemplá el desfile de los pomelos que van a tu casa para darte la vitamina C, miró los novillos que hacen cola para entrar gloriosamente en el centro de tu apetito. Asimilá la estupenda, la incomparable, la rescatada riqueza de tu patria y después no me digas que seguís teniendo motivos o pretextos para ser terco. Y si lo seguís siendo, lo serás de labios para afuera. Lo serás porque querés mantener obstinadamente tu actitud inútil. ¿Pero adentro? Adentro, ¡yo sé que estás conmigo! ¡Bah!... ¡A mí no me la vas a contar!

VIII

Decíme..., ¿vos sabés lo que es una ostra? El diccionario dice que es un molusco acéfalo, pero el mejillón dice que es una parienta que se da corte. ¿Y sabés qué digo yo? Que la ostra fue la protagonista de un hecho indignante y no castigado que ocurrió hace veinticuatro años. ¿Vos no te acordás? Yo sí me acuerdo. ¡No tendré estatura pero tengo memoria! ¡Vos tendrás más peso que yo pero más memoria no tenés! Porque hace 24 años alguien descubrió un banco de ostras que... ¿sabés dónde nacía? Cerca de Santa Cruz. ¿Y sabés dónde terminaba? ¡En Magallanes! ¡Un desfile monumental de moluscos acéfalos, kilómetros y kilómetros de ostras? Vos no comiste ninguna, ¿verdad? No. Yo tampoco. Ni vos ni yo comimos una sola de esas ostras. ¿Y sabés por qué no la comimos? Porque en cierto tratado que habíamos firmado con cierto país extranjero, ¿sabés qué cosa se había establecido? Que, entre otros artículos, ese país debía surtirnos de ostras. Claro, el hallazgo de aquel banco gigantesco hacía innecesaria la importación de ostras. ¿Para qué iban a ofrecernos y vendernos lo que ya teníamos? Hubiera sido como venderle naranjas al Paraguay o buscarle un complejo a Freud. Y, sin embargo, tan atados estábamos que las ostras siguieron llegando

del exterior. ¿Te acordás ahora? ¡Directivas que venían de afuera, hasta con las ostras! ¡Mandatos que venían de afuera, aunque vos y yo viviéramos adentro! Eran las órdenes humillantes que soportábamos sin abrir la ostra y sin ponernos en el alfiler de corbata la perla de nuestro legítimo destino. ¡Las órdenes que nos tiraban de boca en la miseria! ¿Qué te pasa? ¿Te asusta la palabra? ¿Te parece exagerada la palabra? ¡Miseria, sí! ¿O no te acordás que en este país tuyo, el más rico por sí mismo y el mejor dotado para un millón de aventuras comerciales, siempre había habido miseria? ¡Desde la miseria orgullosa de la pobre clase media, que para no ahogarse de vergüenza gastaba en hacerse planchar el cuello los centavos que le hubiesen pagado el café con leche, hasta la miseria del peón en las estancias o del obrero en las fábricas! Claro, vos no sabías esto. Vos nunca anduviste por las chacras o por los barrios. ¿Verdad que no?... ¿Y dónde andabas? ¿Por el corso? ¿O en el Colón? ¿O estabas bailando en la Lago di Como? ¡Claro! Por eso no te enteraste. Por eso no sabías que en el norte andino las criaturas —ángeles como tu hijo o como tu hermanito— crecían raquíticas y morían hambrientas, sin haber probado en su vida —mirá lo que te digo—, *en su vida*, ¡ni carne, ni pan, ni leche! Y esto pasaba aquí, en tu país. Te asombra, ¿verdad? Miseria del hombre allá lejos mientras en las islas del Tigre los consorcios tiraban la fruta al agua, convertían al arroyo en una correntada de duraznos. Porque la cosecha, desgraciadamente, había sido estupenda y entonces iban a bajar los precios. Esto pasaba antes, pero ahora... ¡Ahora te dieron la llave de la ostra! ¿Y entonces qué hacés que no la abrís? ¡No, no tenés que golpear como en una puerta ajena para que el berberecho se asome y te diga si podés pasar! ¡Entrá, zozzo! Ahora no nos van a sacar nada si no nos conviene

o no queremos. ¡Ahora tenemos la llave de la ostra!
¿Por qué no la abris? ¿O vas a hacerme creer que prefe-
rís volver veinticuatro años atrás y recorrer con la ca-
beza gacha y a patacón por cuadra el banco que termi-
naba en Magallanes y había empezado en Santa Cruz?
¡Vamos! ¿A mí me la vas a contar? ¡No, a mí no me la
vas a contar!

IX

Hoy tendría que empezar diciéndote: Acuso recibo de tu muy desatenta fechada el 10 del corriente. Sí, ayer recibí una carta tuya. Me di cuenta de que era tuya porque empezaba insultando. Y —detalle curioso, fijáte vos— el que insulta nunca tiene razón. Por eso insulta. Como el que grita. O el que pega. Me di cuenta de que era tuya, además, por que no traía firma alguna. Una carta anónima. Quien no tiene razón casi nunca firma. Y claro, ¿cómo se va a hacer responsable de una carta sin ninguna responsabilidad? Ni responsabilidad, ni razón, ni valentía. Esa mínima, esa elemental valentía que se necesita para afrontar una posición o para reconocer un error. Cicerón te hubiese perdonado. El error se perdona. Es humano. Pero es de torpes, dice, permanecer en el error. Y vos estás encima del error más tremendo, sentado en él y adherido con su pegalotodo. Y tirás piedras contra las vidrieras. Gritos contra los que pasan y cartas anónimas contra los que, como yo, sólo saben ofenderte con la verdad y los hechos. Tirás y —lógico— escondés la mano. Todos los ingredientes del resentimiento se mezclan en el magro pucherete de tu carta: la envidia, el rencor, la sinrazón, la injuria. Ingredientes que resumen una sola resultante: tu rabia. Una rabia de

pichicho que no puede morder su propia cola y entonces ladra de este modo: «Claro, vos hablás bien porque estás acomodado». Para vos todos los que comprenden que el país transita un destino de bienestar y de justicia están acomodados. ¿Y sabés una cosa? ¡Sí! Tenés razón. Francamente, mirá, estamos todos acomodados. Desde los pibes, para quienes se viene construyendo una escuela por día, para quienes se han organizado campeonatos deportivos y ahora no tienen que escabullirle el cuerpo al varita¹ porque hasta en las canchas de fútbol tienen su lugar de privilegio. Y también están acomodados los muchachos, aquellos que antes vendían diarios, que tienen ahora cientos de escuelas de enseñanza tecnic profesional y enseñanza universitaria gratuita. Y también se acomodaron los obreros, los laburantes de nuestra sufrida carga y la clase baja de tu irreflexiva soberbia, que aumentaron al triple sus jornales y lograron la dignificación del trabajo. ¿Te vas dando cuenta de que todos estamos acomodados? ¿Y qué me decís de los miles de viviendas que se han inaugurado en todo el país? ¿De los institutos de asistencia social, de los policlínicos y de todo lo realizado en favor de la población? Es brutal el acomodo. Se acomodó la salud y el bienestar general. ¿Has visto? Estamos todos acomodados. Todo el país. Todos menos vos están acomodados. Pero a mí, a mí no me vas a contar que no entraste en el beneficio de esta generala servida. ¡No, a mí no me la vas a contar!

¹ *Varita*: el vigilante. (N. del E.)

X

Hay palabras que nos gustan y nos entregamos a ellas, inexplicablemente. A mí, por ejemplo, ¿sabés qué palabra me gusta? *Enfiteusis*. Yo no sé qué quiere decir enfiteusis —probablemente no lo sabré nunca—, pero la palabra me envuelve y me convence. A vos te gusta otra palabra. La palabra *opositor*. Sos opositor porque te enamora el título de opositor, porque te gusta que te llamen ¡opositor! Es la palabra. Para mí, enfiteusis. Para vos, opositor. Es una extraña especie de coquetería mental que te impulsa a cultivar un vocablo predilecto y que te impulsa a pensar contra el pensamiento de los demás. Yo te entendería si, para justificar ese término al que te entregás, me persuadieses con argumentos preciosos y razonables. Entonces le encontraría un significado a eso que vos llamás ¡oposición! Porque vos sos opositor, ¿pero opositor a qué? ¿Opositor por qué? La inmensa mayoría vive feliz y despreocupada y vos te quejás. La inmensa mayoría disfruta de una preciosa alegría ¡y vos estás triste! Nadie te quita ese melancólico derecho de estar triste. Vos sos dueño de administrar tu júbilo o tu pesimismo. ¡Pero no es justo que estés disgustado por la alegría de los demás, que te opongas al optimismo de los otros! Tu actitud de opositor víctima de una palabra seductora es

una especie de complejo del resentido. Porque existe en tu resentimiento una cuota enorme de rencor que te ves obligado a gastar con los demás o contra los demás. Entonces te subís por una palabra, y esa palabra es un palo enjabonado del que caés sin haber alcanzado la punta. Yo no digo que un gobierno lo haga todo bien. No es humano. Pero que no haga nada bien tampoco es humano. Vos barajás un mazo de argumentos y sacás una carta para jugarla; por ejemplo: la carestía de la vida. Llamás *carestía de la vida* al hecho de que valga quinientos pesos un traje que antes valía doscientos. ¿Pero te era fácil reunir esos doscientos? Vos decís que la vida está imposible porque el peceto ya no te cuesta un peso cincuenta; imposible, porque los diarios y los boletos del subte antes eran de diez y ahora son de veinte. ¡Mirá qué lástima! ¿Y cómo le llamás al hecho de que el empleado de comercio que hacía equilibrios con 50, 80 ó 100 pesos por mes gane 5, 8 ó 10 veces más? ¿Cómo le llamás al milagro del actor de teatro que ha saltado desde una retribución de 3 pesos por función —¡tres!— al regocijo actual de un sueldo mínimo de 850 pesos? ¿Cómo se llama el hecho de que un albañil, un periodista, una empaquetadora de tienda, un conductor de taxi, una dactilógrafa o un oficial frentista, que antes luchaban con las matemáticas para distribuir un sueldo sin ángulos, ahora lleguen a fin de mes no estirando angustiosamente el elástico del último peso sino con un remanente de comodidad? ¿Cómo decís? ¿Qué todo es otra cosa? Sí, bueno, será otra cosa, ¡pero ponéle nombre al menos! ¿Vos bautizás tus razones y no querés ponerle nombre a las mías? ¿Bautizás a todos tus hijos y querés que los míos sean naturales? ¡No, a mí no me la contás! Caéte del palo jabonado, abandoná la palabra que te cautiva y dejá que yo bautice mis razones con otra palabra que también me

enamora: *justicia*. O si no, ponéle *equilibrio social, evolución, conquista*. ¡Mirá, ponéle hache, pero no lo niegues! Te duele no tener razón y jugás en contra de los hechos. Se puede hacer gol pateando una pelota, pero vos pateás un adoquín y te vas a romper el pie. Entonces, ¿por qué no pensás antes de patear? Te propongo una cosa: Vamos a dejar de amar las palabras y empecemos a amar los hechos. ¿Sí? ¿Vamos? Ya está. Porque, mirá, a vos y a mí nos pasa lo mismo: nos gusta una palabra, y así como yo nunca sabré qué quiere decir *enfiteusis*, vos nunca sabrás exactamente qué quiere decir *oposición*. No, porque vos no lo sabés. Si lo supieses me lo habrías hecho entender. Porque yo no soy un burro, y, te juro, te he escuchado con toda mi buena fe y no te entiendo. Y si yo no te entiendo, ¿cómo me vas a hacer creer vos que te entendés a vos mismo? ¡Y no, viejito! He oído tantas de éstas en cincuenta años que ¡a mí no me la vas a contar!

XI

Sí, bueno. Sí, pero es que vos no vas por los barrios, ¿verdad? ¡No! En cambio, yo sí que voy. Claro que voy. Sólo que estos que recorro ahora no son aquellos de antes. No, no creas que voy a hablarte en nombre de la nostalgia y que voy a evocar melancólicamente la zanja cargada de ramas impermeables, ni el potrero adonde íbamos a comer el huevito de gallo o el farol que apuntalaba las espaldas dramáticas del guapo. No, no; lo mío tiene otro sentido. ¿Sabés lo que es lo mío? Un viaje a través de la geografía arrabalera, un viaje que no pretende encontrar algo, sino al contrario: pretende... no encontrarlo. Y lo consigue. Claro, vos no me entendés. Por eso te lo digo ahora con las palabras más sencillas y razonables. Yo me meto en el barrio, corazón adentro, y, después de recorrerlo, te pregunto: ¿está el conventillo? ¡Y no, no está, claro que no está! ¿Me entendés ahora? Yo no quería encontrar más el conventillo, y no lo encuentro. Toda aquella miseria organizada fue barrida por otra organización. ¡La del amor! ¡¿Cómo?!, ¡¿qué a vos te gustaba más aquello?! No; puede ser que te gustase como elemento pintoresco, pero no como medio de tu propia vida. El suburbio de antes era lindo para leerlo, pero no para vivirlo. Porque a mí no me vas

a contar que preferías el charco a la vereda prolija y que te resultaba más entretenido el barro que el *portland*. No, a mí no me la vas a contar. Todos preferimos la comodidad, y acaso, en el momento de la letra de tango, hablemos literariamente del catre; pero llega el momento del descanso y cerramos el catre y dormimos en la cama, ¡no me digas que no! Y ahora mirá qué cama te tendieron para que duermas. Y más allá de tu cama y de tu sueño, no diré que está ni el rascacielo ni la mansión —¿qué falta que hace?—, pero está la casa tuya y no de todos. Es más linda o menos linda, pero ¡conventillo no es! Durante años y años los inquilinos del suburbio vivieron aquella comunidad absurda. La humillante comunidad del conventillo. Una oxidada sinfonía de latas. Toda una intimidad doméstica al aire, un verdadero festival para la profilaxis, ¡un mundo donde el tacho era un trofeo y la rata un animal doméstico! ¿Vos no te acordás? Yo sí me acuerdo. Ya te dije que no tendré estatura ni peso, pero memoria tengo. ¡Kilos de memoria, tengo! La pongo en el platillo, y la balanza viaja de golpe hacia la antigua miseria ahora suprimida. Porque la nueva conciencia argentina pensó una cosa. ¿Sabés que cosa? Pensó que los humildes también tenían derecho a vivir en una casa limpia y tranquila, no en la promiscuidad de un conventillo que transpiraba indignidad. ¡Fijáte qué pensamiento inesperado, mirá qué cosas se le fueron a ocurrir a esta nueva conciencia! Te habrá costado entenderlas, ¿no es cierto? Claro, vos sólo conocías tu casa confortable y tenías acerca del barrio una idea general y poética. Vos nunca te habías metido en el laberinto del inquilinato, en la prosa infamante de aquellas cuevas con la fila de los piletones, el curso de las cucarachas viajeras y las gentes apiladas no como personas sino como cosas. Vos sólo conocías al barrio de los tangos, cuando los tocaba

una orquesta vestida de *smoking*. Por eso no puede con-
movertte como a mí este desfile de las casitas dignas, que
hacen flamear la banderola roja de un techo, el trapo
verde y fragante de los jardines bien cuidados. Yo te digo:
¡Se terminaron los conventillos! Y esto, que es una noti-
cia preciosa y tremenda, te resbala encima sin sorpren-
derte ni emocionarte. Claro, no lo sabías. ¡Nunca se te
ocurrió pensar en los otros! Pero ahora yo te lo cuento,
¿y me vas a decir que en el fondo de tu nobleza no estás
aprobando lo que te cuento? ¿No? ¡¡Sí!! ¡A mí no me la
vas a contar!

XII

Yo sé que a vos te gusta viajar. Bueno, a todos nos gusta viajar, porque para eso somos hombres, no árboles. Pero hay maneras de emprender un viaje, y mientras unos queremos viajar para satisfacer lo que una tía mía, muy romántica ella, llamaba «hambre de horizontes», otros se marchan como un recurso para conocer ventajas que aquí no tienen y que les darán en otro lado del mundo. Y yo, honradamente, pienso que debes ir, que debes salir. Cuando volvía de mi último viaje yo dije por radio que a la Argentina lo que le hacía falta era salir en gira. Sí. Al país, en gira..., todo entero. ¿Y sabés por qué formulo esta invitación o esta sugerencia? Porque yo quiero que vayas y que compares. Cumplí tus tremendos anhelos transoceánicos, envolvéte en un plan de turismo, abandoná los bagres monótonos del Río de la Plata y hacé sociales con la trucha vanidosa del Mississippi. ¡Dale! ¡Caminá! ¡Viajá! ¡Visitá! ¡Compará! Cumplí con tu vanidosa necesidad de hacerme saber que estás, no en Mina Clavero, sino en cualquier parte fuera de aquí y mandáme la postal que registre una huella de tu paso. Mandámela, que yo te espero. Aquí te espero. Tranquilo te espero. Porque cuando llegués, remolcando recuerdos y valijas, me verás aparecer en el metro cuadrado del andén, la

escalerita o la pasarela, con una pregunta que no lleva ninguna mala intención: «¿Y? ¿Cómo te fue?» Entonces vos tratarás de llevarme a un rincón neutral y golpear-me a mansalva con las ciudades, los monumentos o las circunstancias que te salieron al paso, y me hablarás: «¡Ah, la torre Eiffel! ¡Si vos vieras!... ¡Ah, el Castillo del Morro!... ¡Ah, los doscientos pisos del Waldorf-Astoria!... ¡Ah, las ruinas de Pompeya, si vos vieras!... ¡Oh el color del Támesis cuando atardece!» Sí, sí, cómo no, me gusta, fenómeno; pero no te pregunto ni por la torre ni por el Morro; te pregunto por vos. ¿Cómo te fue *a vos*? ¿Bien? ¿Bien en todo? ¡No, a mí no me la vas a contar! Porque este viaje tuyo yo lo hice antes, y lo han hecho otros, y todos hemos venido empujando el barco, persuadiendo al capitán para que hiciera una punta de nudos, necesitando respirar el buen aire de una querencia sin comparación. No por el afecto, porque casi siempre encontrarás más afecto afuera que adentro de tu país, pero vivir... ¡Vamos!, bajá de tu plataforma presuntuosa, franqueáte a la sombra de un árbol y contáme, sinceramente, qué privaciones pasaste y qué hambre y qué nostalgia sufriste. Ya sé, ya sé; a vos no te iban a agarrar desprevenido, ¡vos llevás divisas! ¡Un kilo de divisas! Vení, sentáte a la mesa tremenda de esta tierra abundante, y cuando terminés de ponerte al día con tu metabolismo, contáme qué compraste con las divisas. Un boleto para Marsella, te creo; un *ticket* para subir a la estatua de la Libertad, te creo; pero no me digás que compraste un almuerzo, porque eso... ¡eso a mí no me lo vas a contar! Entendéme: yo no vivo pensando en la comida. ¿Vos me viste? Sabés cómo yo... Y bueno, ¿para qué te voy a explicar? ¡Con verme!... Pero pienso en la comida de los otros, en el bienestar de los otros, en las privaciones que no sufrimos acá. ¡Sé honrado! Aunque las divisas nos falten. Ya sé

que en tu viaje habrás conocido un museo tremendo, un río con otra clase de mojarritas, una montaña así de alta, ciudades impresionantes y costumbres sorprendentes, pero una vida más fácil y mejor alimentada, ésa no la conociste. Y como todo el drama del mundo empieza en el hambre, supongamos que toda la felicidad del mundo empieza en la abundancia. ¡Entendéme, no es toda la felicidad, pero allí empieza! Por eso te pedí alegremente que salieras a viajar. ¡Hacéme el gusto! ¡Viajá! ¡Contáme cómo vivimos acá y cómo viste que vivían los demás! ¿Que decís? ¿Que teniendo divisas uno puede comer en cualquier parte? (*ríe*). Y bueno, ¡viajá! Sé bueno, viajá. Yo te espero en esta patria tuya que tantas veces despreciás, así, cuando vuelvas, me la contás.

XIII

Sí, son muchas las cartas que recibo. Y tanto o más que las otras me interesan las que me reprochan algo. Por eso me interesó la tuya, Mordisquito —así firmabas, ¿verdad?... ¡*Mordisquito!*...— Y voy a contestarte porque veo que te has hecho un lío. Un lío grande. Te quejás, y tu queja es como si vinieras a decirme que instalaste en la calle Corrientes una fábrica de trampas para cazar osos y que estás furioso porque no vendés ninguna. *Tipo chaleco* sería el de tu aspiración. ¿Quién te iba a comprar una trampa para cazar osos aquí en Buenos Aires? Tu pretensión estaría consignada dentro de ese capítulo que en medicina legal se llama el *piante*, ¿verdad, Mordisquito? Es como si quisieras darte la mano en el espejo. —Los médicos se ponen serios cuando ven que uno intenta eso delante de ellos. ¡Al rato empieza la ducha fría!—. Y lo tuyo es igual. Querés discutir. Y, bueno, Mordisquito, discutamos. Pero no con ese coraje que tenés para el macaneo libre, sino con un atisbo de razón. ¿Entendés, Mordisquito? Vos insistís en negar todo lo que significa conquista, progreso, realidad social. Pero no con argumentos que caen por su propio peso, como las cornisas, sino con la misma deliciosa ingenuidad del que quiere tirar abajo un ombú con una hojita de afeitar.

No alcanza. No la podés contar tan fácil. Los hechos son demasiado grandotes, las realidades demasiado sólidas para que puedas socavarlas con frasecitas. Frasecitas hechas tan sólo con palabras. Espuma que parece abultar mucho pero que se deshace soplando. Te oigo decir, por ejemplo: «¡Eh, ya no se puede comprar nada. Todo aumenta. Todo sube! ¡No sé adónde iremos a parar!» Y tu frase tiene la apariencia de una sentencia. De un destino negro, negro como un café negro, como un túnel sin salida y con un negro adentro. Pero hacéme un favor, ¿querés? Agarrá un lápiz y un papel. Te quiero hablar con cifras para no hacerla larga. Tenés razón. Sí, el costo de la vida aumentó un 113% con relación a 1946. Pero, ¿sabés en cuánto aumentaron los salarios obreros? En un 172,8%. Y bueno, hacé la cuenta. Bajá el uno y lleváte el cero alguna vez. ¿Sabés en cuánto aumentó el poder adquisitivo de los salarios desde 1946? En más del 29%; aquí adelante mío tengo el dato. Yo ya sé que nadie compra trampas para osos, pero es porque no se necesitan, no porque aumentaron. ¿Cómo me vas a contar que «ya no se puede comprar nada» si el índice de ventas minoristas era de 200 con respecto a 1943 y el año pasado llegó a 830? Comprendo que los números son aburridos, pero no me vas a negar su elocuencia. Yo no me quiero hacer el erudito, ni me voy a enojar si no consigo convencerte de tu error. Pero dejáme, al menos, este derecho de justificar mi alegría, Mordisquito. Una alegría que crece comprobando los hechos, certificando un equilibrio de cosas, confirmando una fe que tiene raíces en los hechos. ¿Cómo vas a enredarme en ese pesimismo que te hace decir sin fundamento alguno: «Las cosas van cada vez peor», si el panorama de la realidad me testimonia todo lo contrario? Siempre tuvimos que presenciar el espectáculo injusto de una minoría que progresaba a

expensas del estancamiento o el hundimiento de los demás. Hoy la fiesta es de todos. Es el renacer de un país entero que ve crecer a un tiempo trigo y chimeneas, cosechas y fábricas. Mientras vos te empeñás en vender trampas para osos nuestro comercio internacional arrojó el año pasado un saldo positivo superior a 700 millones de pesos. Mientras vos te quejás, Mordisquito, la iniciativa privada, con la ayuda financiera del Gobierno, creó 30.000 empresas nuevas. En sólo un año —mientras otros le dan manija a la lengua— se han solicitado casi 19.000 marcas de fábrica. Nuestro incremento industrial con respecto a 1937 es del 73%. El más alto registrado en el mundo. ¿Y entonces? Dejá las trampas para osos y entrá en la fiesta, Mordisquito. No sigás más a contramano. ¡Ah!, ¿no querés? ¡Y bueno, quejáte si te gusta, pero a mí, no... , a mí no me la vas a contar!

XIV

¿Decís que vos sabías lo que era un gaucho? ¿Y por qué me la querés contar a mí? Ni vos ¿oís?, ni yo, ni nadie, casi, lo sabíamos. Más allá de tu barrio cargado de glincinas o de tu ciudad abrumada de luces, se extendía lo que en el lenguaje de las zambas se llamaba *tierra adentro*. Una ancha tierra servicial y dolorida. El campo que te cuidaba las espaldas y al que nunca miraba de frente. Porque vos no lo mirabas; yo me acuerdo, no me digas que sí. Vos eras un hombre de ciudad, una cédula evolucionada y despreciativa, pero no por maldad; por desinterés, más bien, o por abulia. Eras un hombre que sólo pensaba en sus problemas y que nunca se detenía a suponer qué problemas existirían en el campo, porque ¿qué era el campo sino un lugar de donde mandan carne y fruta? La geografía de tus sentimientos terminaba en la avenida General Paz, y el resto era, para vos, una especie de cambalache folklórico donde se mezclaban al tuntún la cinacina, la vaca, la yegua madrina, el cedrón, el gaucho y el chingolo, a quien el ferrocarril le había dado un susto bárbaro. Tu paisano, tu hombre de campo ¡tu gaucho!, era... ¿qué sino un individuo falsamente literario que siempre estaba haciendo ruido con las espuelas? El gaucho que te imaginabas se pasaba la vida a caballo

diciendo ¡*ahijuna!*, y ¡*bum!*, golpeando el estaño de las pulperías —porque creías que tenían estaño y yo también— y pidiéndole al pulpero *giñebra* —oíme: *Ginebra* no dije; *Ginebra* es un lago y *giñebra* es un porrón—, y la pedían para *ahugar* las penas de la china sotreta. Claro, vos sabías qué quería decir sotreta, ¿verdad? ¡Cómo no! *Latifundio* no sabías qué quería decir, pero sotreta, sí. Vos sabías perfectamente que el gaucho tomaba un cimarrón al pie del alero; eso lo sabías, claro; pero que el gaucho ganaba como peón cinco pesos mensuales —¡oílo bien, cinco pesos por mes!— eso nunca lo supiste. Del sueldo no te enterabas; del cimarrón, sí. Te habías hecho una idea del gaucho, una idea para uso interno, y dentro de tu imaginación el campo era un desfile de prendas vestidas de zaraza que bailaban el pericón por María, un precioso panorama rural a base de padres que decían: «¡*Meija!*» y de hijas que les contestaban: «¡*Tatita!*» *Es* decir, hijas no, *gurisas*, porque vos y yo, y todos, conocíamos la palabra *gurisa*. ¡Cómo no! *Explotación*, nunca supiste qué significaba; *injusticia*, tampoco. Claro, no eran palabras literarias, y además el campo quedaba lejos. Lo tuyo era la *gurisa*, el *chiripá*, el *horcón* y la *tropilla* de un solo pelo. *Zafra*, no sabías qué era; *desmonte* y *emparve*, tampoco, ¡pero *matrero*, *trompeta*, *¡velay*, *canejo!* y *buenas y con licencia*, eso te lo sabías de memoria! ¿Te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! ¡Y me acuerdo en este momento de preciosa alegría, cuando ya se terminó la ignorancia del campo y de tus hermanos, y en vez de darle la espada a gobernaciones que ya se han recibido de provincias le das —le damos— la espalda al río de los caminos extranjeros y miramos cariñosamente todo eso que en el lenguaje de las zambas se llamaba *tierra adentro!*

Ahora una nueva conciencia argentina limpia el camino que empieza en el asfalto de la estrella porteña y

termina al pie de una chirimoya tucumana calentada por el solcito de Tafí. Ahora el hombre de campo no es una víctima, sino que *es...* ¡mirá qué inmenso y qué simple!: Ahora sus problemas están comprendidos, su dignidad y recompensa aseguradas. ¿Vos no lo sabías? No, no me digas que no. Ya es hora de que cambies en tu imaginación toda aquella fantochada del paisanaje —envuelto en el pocho de una mentira literaria— por esta dichosa familia donde no hay chinas sotretas, ni matreros, ni *¡ahijunas!*, sino hombres y mujeres cómodos, y como todos, que ya no ganan cinco —oíme bien— ¡cinco pesos por mes! ¿Qué? ¿No son más dignos y más hermosos estos momentos que aquéllos? ¿Verdad que lo comprendés? ¡Claro, a mí no me vas a contar que no lo comprendés y no lo agradecés!

XV

Mi sobrino Pirulo, como todos los sobrinos que tienen esa edad anfibia de los doce años, protestaba cada vez que le servían sopa. ¿Sabés? A mí no me gusta la sopa. ¿Hay necesidad de tomar sopa? ¿Se puede vivir sin sopa? Ahí tenés el ejemplo del faisán, que es una persona importante y cara y no la toma, ¡y no es un cualquiera, sino un faisán! Entonces, la madre de Pirulo, para evitar que cada almuerzo fuese un accidente, ¡suprimió la sopa! Y Pirulo —yo lo sigo llamando Pirulo porque los tíos nunca conocemos el nombre verdadero de nuestros sobrinos—, Pirulo, al almuerzo siguiente, dijo: «¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿No hay sopa?» Chilló. ¿Qué me contás? ¡Chilló! Y la misma criatura que protestaba antes, cuando había, protestaba después, ¡porque no había! Decíme, por casualidad, ya que no conozco tu nombre, ¿a vos también te llaman Pirulo? Porque estás colocado en una contradictoria plataforma de sobrino y te quejás porque hay sopa, o porque no hay. De pronto esgrimís un argumento, así, con las dos manos, listo para dar un mandoble importante, como si levantaras una cimitarra, y resulta que es apenas un cortaplumas, y sin filo. «En Buenos Aires», decís, «ya no se puede ir a un

restaurante. ¡Un asalto, y encima el 22% para el personal!» Claro, te entiendo, el 22%; ¡mirá qué escándalo! Una sopa, un peso. Más el 22%, un peso y ventidós. ¡Aquí protestás porque te dan la sopa! Como Pirulo. Al día siguiente —o al minuto siguiente— tu argumento viene a buscarnos desde un ángulo opuesto. Porque, ¿sabés lo que decís ahora?: «¡Ah, en Buenos Aires ya no se puede comer! Vas a cualquier restaurante y no hay mesa. Están repletos. Tenés que esperar turno. ¡Hasta para comer hay que hacer cola!» ¿Ves? ¡Ahora protestás por que no te sirven la sopa! ¡Como Pirulo también! Pero entonces, ¿en qué quedamos? ¿Te molesta el 22% o te molesta el hecho de que al público no le moleste ese adicional y penetre en los restaurantes el arroyo interminable de los que ahora pueden comer ventajosamente donde se les ocurra? ¿No comprendés que si ese 22% no atendiera a razones de equidad y satisficiera necesidades del personal de servicio, sin herir el mayor poder adquisitivo de la población, la cosa funcionaría al revés? ¡Los restaurantes estarían vacíos! En vez de trabajar de centinela, esperando que se desocupe una mesa, te irían a buscar a tu casa para que hicieses de *grupí*. ¡Y no, no! ¡Ya ves cómo están las cosas!: al mismo tiempo viven alegremente el que va a tomar la sopa y el que te la sirve. Entonces, olvidáte de tus tías, perdé tu disconformidad de sobrino y no metás tu cuchara para revolver la sopa de los otros. Convencéte: ¿no ves que seguís encendiendo el fósforo del otro lado? ¡Y eso no se puede! De la cabeza se enciende, Pirulo. Vas a la cosa chiquitita buscando un síntoma negativo dentro de esta inmensa prosperidad general, y el argumento se te vuelve en contra como un *boomerang*. Yo no me opongo a que fumes, pero ¿por qué fumás con el cigarrillo

dato vuelta? ¿No ves que te quemas la lengua? Andá, ponéte de acuerdo con Pirulo. ¿Querés sopa o no querés sopa? Elegí una de las dos posturas y uno de los dos deseos, pero los dos al mismo tiempo... no, no. ¡Los dos al mismo tiempo no se puede! ¡A mí no me la vas a contar!

XVI

¡Mordisquito!, ¿te acordás de los asilos? ¿O no querés acordarte? ¡Yo sí quiero! Y te hablo de los asilos según los vi antes, porque ya te dije que tengo mucha memoria, paquetes de memoria. ¡Seré menos alto y menos pesado que vos, pero me cabe dentro toda la memoria del mundo! ¡Y recuerdo el desfile triste de los pibes huérfanos de entonces! ¡A mí no me vas a decir que no te acordás! Preferís no acordarte. Se abrían las puertas de eso que antes se llamaba asilo y hoy se llama *hogar* —y se llama *hogar* porque ahora es un hogar—; se abrían las puertas y salían a la calle, no cien gorriones rubios envueltos en un alegre forro de cutis, todo risa en los ojos, como refucilos, pura fogata en los cachetes encendidos. no, no, ésos no salían. Porque aparecía el desfile de dos hileras oscuras, las cabecitas rapadas y el guardapolvo gris. Vení, recordá conmigo, recogé conmigo el barrilete de esa vieja tristeza y ayudáme a envolver despacito los pio-lines de esa pesadilla gris. Volvé a verlos como los veíamos entonces, desfilando ante la curiosidad un poquito negligente de un público al que todavía no le habían enseñado a creer en la dignidad de los niños. Esos pobres pibes del asilo viejo eran llamados *¡bochas!* Estaban como domesticados en un corral aparte. Ellos no conocían el

bochinche precioso del centrodelantero que suda gloriosamente en el potrero, ni conocían el rumor de la mano que acomoda la cobija para que no vuele levantada por el sobrepique de la sofocación o del sueño. Eran... qué sé yo, animalitos grises en fila. Y los hacían caminar con tanta indiferencia por las calles de este Buenos Aires, que ese desfile parecía un castigo, y esa orfandad, una culpa. ¡Eran *bochas*! ¡El rapado desfile de *bochas*! Pobres cabeceitas que no habían conocido el hervidero de los mechones rebeldes, el tumulto del jopo que de pibes nos molestaba y que de grandes extrañamos suspirando, el borbotón de los rulos donde se hacía un fatigoso *picnic* el peine de mamá. ¿Sabés qué parecía esa caravana vestida de oscuro, pelada y melancólica? Un tren de presidiarios diminutos. Los dirigían sin acariciarlos, los metían en una vida manchada de gris, los empujaban a creer que no tener madre era, no un drama, sino una vergüenza. Claro, vos sabés adónde quiero llegar. Naturalmente, a esto que los dos conocemos perfectamente. Decíme, ¿hay asilos ahora? No. Hay *hogares*, y no me digas que es lo mismo, porque lo mismo no es. ¿Ahora ves desfilar por las calles a doble hilera a huérfanos identificados por una tristeza y un uniforme? ¡No, qué vas a verlos! ¡Ahora los pibes del hogar —no del asilo— se mezclan con tus hijos en las escuelas del barrio —si son como tus hijos, ¿por qué no iban a mezclarse?— y con ellos juegan, estudian, chillan, sueñan y se agarran a trompadas honrada y alegremente! Y los pibes del hogar, esos chiquilines que están salvándose porque ya no los visten de gris ni por fuera ni por dentro, esos chiquilines ya no forman las silenciosas filas al rape tomadas de la mano, sino que son llevados y traídos en la ruidosa pajarrera del ómnibus ñato. ¡Decíme que entendés este delicioso mensaje a la dignidad infantil! De los pebetes tristes

nacen los hombres resentidos, pero una infancia sana y respetada prepara los resortes de la vida esperanzada. Se puede esperar mucho de un hombre cuando piensa en su infancia y no le duele como una cachetada, sino que lo endulza como una golosina. Y los pibes risueños de hoy serán los hombres templados de mañana. ¿Verdad que comprendés lo que vine a decirte en esta noche cargada de pibes? Criaturas dignas, para que de ellas nazcan las personas dignas. ¡Qué claro está todo, qué claro y qué hermoso! Porque no me digás que no te está iluminando esa claridad y esa hermosura. ¡Cómo no va a iluminarte! Si sos más bueno que yo. Aunque seas terco. Aunque me contradigas. ¡Vamos! ¿Que no te alegra tanta felicidad en esos chicos? ¡Salí! ¡A mí no me la vas a contar!

XVII

¿Verdad que sí? ¡Claro que sí! Al hombre le gusta la mujer. ¡Una barbaridad, le gusta! ¿No te parece bien? Que la mujer nos guste es una de las costumbres más bellas que Dios nos puso dentro. Claro, unos están más acostumbrados que otros, ¡pero la costumbre es de todos! Desde el enamorado tropical que la pregona con un mambo hasta el esquimal que ama con el pingüino puesto. ¡Vos, y yo, y todos! ¿Y por qué no? ¿Te das cuenta qué aburrimiento si no hubiese mujeres? ¡No sería vida! Sin ellas estaríamos perdidos como una piraña en el Sahara. Mirálas, ahí las tenés. En Buenos Aires desfilan y desfilan para el festival de tus ojos o de sus sentimientos. Mirálas. ¡Qué femeninas son! No importa que hablen por teléfono justo a la hora en que llamamos de afuera y con urgencia para avisar que nos acaban de internar porque nos dio el ataque; no importa que nos hagan llegar tarde al teatro y que después se nieguen a sacarse el sombrero con el pájaro, aunque haya una ordenanza. ¡No importa! Esos son detalles chiquitos dentro de una biografía deliciosa. Querélas, porque son encantadoras. Querélas, pero respetálas. Porque no basta el amor. ¡Claro que no basta! Además, hacen falta otras actitudes y otros hábitos: la amabilidad, la delicadeza, la consideración.

¿Todavía no me ves venir? ¡Sí que me ves! Porque ahora voy. Hace muchos años —¡muchas generaciones!— la mujer era una sonrosada prisionera con rulitos que vivía puertas adentro, quemando el platito del incienso o derramando querosene en el hormiguero. Pero después las mujeres entraron en el mundo, y además de ser nuestras compañeras en el hogar lo fueron también en el trabajo. ¿Y sabés cómo los hombres —los hombres patrones— agradecieron esa gauchada? Con la explotación. ¿Viste que no busco palabras intermedias y te digo la que corresponde, con un desparpajo de nene que dice el disparate en el momento que hay visitas? ¡Con la explotación! Porque un muchacho obrero, por ejemplo, ganaba, ¡qué sé yo!, un jornal de cuatro pesos por manejar una máquina cualquiera —la máquina elegíla vos—, y, en cambio, a una muchacha obrera, para manejar la misma máquina, le pagaban... ponéle \$ 1,10. Y si preguntabas cándidamente, como yo una vez lo pregunté: «Si el trabajo es el mismo, ¿por qué la obrera gana mucho menos?», te contestaban, sobrándote: «¡Qué gracia! ¿Cómo le van a pagar igual al hombre que a la mujer?» ¿No te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! Lindos patrones de entonces. ¡Ejemplos de humanidad, todos marqueses! Muchos que subieron hasta la fortuna utilizando como peldaños el lomo de mil muchachas explotadas echaban al empleado varón porque el varón cobraba equis pesos, y lo reemplazaban con una mujer a quien le pagaban la cuarta parte de equis. Claro, no podía compararse: el hombre era fuerte y la mujer débil, entonces, ¡métale leña a la debilidad!

¿Todavía no me viste venir? ¡Pero si estoy poco menos que sentado en su falda! ¿No te acordás de aquello tan triste que pasaba antes y de todo esto tan estupeiado que pasa ahora? Si frente a los hombres y las mujeres que trabajan hay que hacer alguna diferencia, ¡que

esa diferencia se haga a favor de ellas, no de nosotros, que vivimos para ellas! ¿Comprendés el hondo sentido de esta gratitud con que hablo? Si la mujer embellece nuestra vida, aunque nos haga discutir con el acomodador, ¿cómo podríamos soportar la explotación de aquellos tiempos superados y cómo podríamos no agradecer estas leyes justas y dignas de una sociedad culta, que ahora protegen su delicado esfuerzo; estas leyes, mirá, que a veces más que ser leyes parecen piropos? Dignificando a la mujer, de rebote mejoramos la dignidad de los hombres, porque no me digas que el respeto hacia la mujer querida —que es tu madre, tu novia o tu esposa— no es respeto que se te ofrece a vos también. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que lo comprendés? ¡No me vas a contar que no lo comprendés!

XVIII

Mirá, Mordisquito: la verdad es que entre vos y yo la diferencia está en el punto de vista. Porque si los dos vemos la misma realidad y tenemos reacciones distintas es porque uno de nosotros está mirando sin ver. ¡Y sí! Porque se puede mirar en blanco, sin ver nada. ¿No lo sabías? Es como sacar fotos con la placa velada. La foto se toma, pero no sale, ¿entendés? Claro que también es cierto aquello de que «todo es según el color del cristal con que se mira». Pero yo te invito a que miremos sin ningún cristal, sin ningún color. Con los ojos nada más. Que mirés con la inteligencia o con el corazón, que es la mejor forma de ver las cosas. Que mirés con las manos, tocando la realidad, que también es un estilo sin engaños. ¿Me entendés ahora? Yo no necesito ni quiero hablarte de teorías. Yo no te la vengo a contar. Te la señalo con el dedo. Te muestro las cosas que están ahí, de pie, sólidas, evidentes, al alcance de cualquier miopía. Por eso te pido que mires y que reflexiones. Nada más. Te invito a que mires un poco hacia atrás y recuerdes lo que es un ingenio. No. No te hablo del de Cervantes. Te hablo del otro. Ya se te endulza la boca pensando en el azúcar. Pero el asunto no era entonces tan dulce como vos creés. No, ¡qué esperanza! El ingenio era también —permitíme este

juego casual de palabras— el ingenio puesto por el hombre para explotar al hombre. Sí. La explotación del hombre por el hombre. La expresión de un sistema inhumano, por fin vencido. Era el *arreo* de obreros que se llevaban en vagones de hacienda porque salía más barato. Era el tratamiento miserable, el salario miserable. Era sencillamente el hambre, y con el hambre, las enfermedades. Vos no debés olvidar nunca, Mordisquito, que el reconocimiento médico para la incorporación militar arrojaba en esa época un 50% de ciudadanos ineptos por debilidad constitucional. ¿Lo grabaste en tu memoria? La mitad no servía. Claro que para los apurados transeúntes de la calle Corrientes el problema social de los ingenios y de la explotación y del hambre quedaba muy lejos como para perturbarles la existencia, Pero era algo que existía en nuestra misma patria. ¿Comprendés? El azúcar no era entonces tan dulce como lo gustamos nosotros. Pero aquella situación creada por un sistema, que ni yo ni nadie puede permitir que vuelva, ya es historia. Mirá hoy con ojos de argentino, con el más elemental de los sentimientos humanos, el mapa de aquella realidad. Se ha transformado. Los obreros de los ingenios no solamente han alcanzado los salarios que merecen, las mejoras en el régimen de alimentación y de viviendas, sino también los derechos de respeto y la consideración de hombres. Ya sé que el azúcar vale más. No me lo tenés que decir. Pero ahora su dulzor es sin sombra. Sin la amargura de aquel origen injusto y doloroso. Ya ves, Mordisquito, que yo te hablo de hechos, no de teorías. Yo te hablo de obras que buscan levantar al pueblo, como la de este tren sanitario que parte en una cruzada, ensayando por primera vez en el país la medicina de masas; ¡no *de las masas!*... *De masas*, que son diferentes, pero se pudren lo mismo. Un tren sanitario que va

a realizar el estudio abreugráfico¹ de los obreros de esos mismos ingenios azucareros y de sus familiares, el catastro tuberculínico y la vacunación antituberculosa que corresponda, el estudio odontológico y oftalmológico para asegurar la salud de la población obrera. Yo te señalo con el dedo estas cosas que son tan fáciles de ver, y ante este vértigo de obras ¿vos creés que podemos tener dos puntos de vista? ¡No, Mordisquito! O vos ves sin mirar, o tenés un *cocktail* de miopía con astigmatismo, y encima la placa velada. Y entonces ¿qué? ¿Me la querés seguir contando? ¿Y para qué? Perdonáme que insista, pero a mí no... ¡a mí no me la vas a contar!

¹ De *abreugrafía*, pequeña radiografía introducida en el servicio sanitario argentino por el ministro de Salud Pública, Dr. Ramón Carrillo, para detectar posibles afecciones pulmonares en los trabajadores. (N. del E.)

XIX

¡Sé bueno, Barullo, razoná! Hay cosas que uno a fuerza de vivir, enredado en la lucha de todos los días, termina por olvidarlas, y el olvido —además de una fatalidad— es un peligro, porque borra de pronto obligaciones y desdibuja derechos. Es una especie de cama camera —el olvido— donde uno se despatarra después de un viaje pesado y se deja hundir sin ganas de pensar más nada que en el propio sueño: «¡Qué se mueran todos!...» «Que no te hable nadie...» «Que los problemas se arreglen solos...» ¡Dormir! ¡Aaah! Así, ¿verdad, Barullo? Abrazado a la almohada. ¡Qué felicidad más grande es esa de irse hundiendo en el colchón, todo —como si te hubieran hecho un pozo en la tierra—, y que los pensamientos se vayan envolviendo como en un algodón hasta no oírlos! ¡Ah! Es una dicha, ¿verdad? ¡Profunda! Porque el sueño es una especie de olvido. Sólo que el olvido es más largo que el sueño y te hace criminal a veces. ¿Entendés, Barullo?

¿Cuánto hace que vos no pensás que la vida de los otros es tan importante como la tuya? ¿Mucho, verdad? ¿Te cuesta entenderlo todavía? ¿No sabés que el hombre nace para vivir, y que la vida es un premio? ¿Quién te trastornó hasta el punto de creer que era un castigo?

¡Y no, Barullo! El hombre nace para vivir, y la vida es un premio. El más grande quizás, el más lindo. Y ha de morir el hombre, por su cuenta, por sí mismo, sin que el Estado haga lo posible para que se muera desde que nace; sin que el mejor dotado lo aplaste, porque es más débil; sin que las diferencias de mejor fortuna hagan de la comunidad una mezcla de 10 dichosos contra 9.990 desdichados. ¿Comprendés, Barullo?

A mí no me duele que vos tengas más; me duele que los demás no tengan nada. ¿Te has olvidado que la vida de los otros vale tanto como la tuya? Por eso me escribís diciendo que este Gobierno ha desatado una tormenta de clases. ¡Qué error el tuyo! Lo que ha desatado este Gobierno no es una tormenta de clases, sino que ha desatado a un montón de clases que vivían en la tormenta, sin paraguas, sin comida, sin más sueños que los que dan el cansancio y la miseria. De gente como vos. Como vos, que sos capaz de llorar a gritos con una película de esclavos, y los has estado viendo morir de tristeza al lado tuyo durante tu vida, sin comprender cuál era tu destino generoso frente a ellos.

El hombre nace para vivir y la vida es un premio. ¿Qué significa frente a esta tremenda verdad que un mozo de café te tire un plato de masas sobre la mesa? Todos los que se sacan la lotería rompen algo, o te manchan de vino con el brindis, y ellos se la sacaron. Se la sacaron cuando la justicia, que hoy desparrama sus beneficios sobre esta tierra, les alcanzó salvándolos de una vida que les era vergonzante. ¿Qué importa una semana de jolgorio que ya terminó? Una pequeña revancha que bien les pertenecía. Confesá, Barullo, que te salió barata y que los desamparados sociales de este país te resultaron más nobles de lo que vos pensabas. ¡Con una semana de jolgorio se dieron por pagados por la injusticia de un siglo!

¡Barato! ¿A que ya no te tiran nada? ¿Verdad que ya no te tiran nada? Yo sé por qué estás tan enojado en tu carta. Te da rabia no haberte portado bien con tus hermanos y que otros lo hayan hecho en lugar tuyo. A mí no me la vas a contar. Vos hacés como ese que llega a casa vociferando por una estupidez para que la mujer no le pregunte por qué volvió tan tarde.

XX

¡No, no; escuchá! Yo podría decirte que la marina mercante nacional tiene 2073 unidades, con una capacidad de 1.411.000 toneladas. ¡Tres veces las cifras de 1946! Pero no, no; yo no sé manejar cifras, y de pronto ni vos ni yo las entenderíamos y mi estadística resbalaría sobre tu cena de estos momentos —¡buen provecho!— sin impresionarte. Yo prefiero decírtelo de otra manera, más deportiva y accesible. En estos momentos la flota de tu país es la tercera del mundo. ¿Oís? La *ter-ce-ra*. ¿Qué te parece? Hace años, cuando éramos la factoría de aquellos patronos coloniales, ahora por suerte suprimidos; cuando cada una de nuestras provincias era un aperitivo para los consorcios, vos metías en el agua todas las unidades de la flota, ¡todas!, y estábamos como para correr una regata —¡correrla y perderla, claro!—. Y en el campeonato del mundo, nosotros —¡los que ahora marchamos terceros!...— entonces nos debatíamos en el último puesto de la tabla, allí donde arde pavorosamente la fogata del descenso. ¡Y ahora, *terceros*! Terceros y en pleno embalaje de amor y de esperanza, escalando posiciones, como dicen los cronistas. Perdonáme que reduzca los problemas de Estado a una comparación dominguera, pero el subconsciente me ha llevado a estas metáforas

que huelen al pastito del área penal. ¿Y sabés por qué el subconsciente? ¡Porque hace años y años, esto tan importante y precioso, esto que ahora es una patria era realmente un club! Olvidáte qué camiseta usaba, qué colores tuvo y cuántos goles le hicieron. Brilla, de otra manera los colores de hoy.

Claro, vos veías barcos. ¡Ponchadas de barcos, países de barcos! Cientos de capitanes, pero ¿en qué idioma hablaban los capitanes? ¿Cómo que no te acordás? Yo sí me acuerdo. Ibas al puerto y volvías al centro con una fragata al hombro. ¡Tantas había! Montones de barcos, familias de barcos ¡pero de otra bandera, claro! Y no venían a traerte el mensaje de su generosidad, sino que venían a buscar la sometida caravana de tus frutos. En algún lugar de esta tierra jugosa, un producto surgía verde y potente, buscando un cielo entonces hipotecado. Pero en ese lugar —¡solar criollo!— también hablaban otro idioma. Y a ese producto lo cargaban en ferrocarriles que no eran tuyos, ferrocarriles que terminaban justito frente a los barcos, que tampoco eran tuyos. ¡No me digas que no me entendés! No, vos no podés contarme que no entendés. La carne de las vacas serviciales, los cajones de la fruta que olía a gloria, materias primas o elaboradas, todo lo tuyo, lo legítimamente tuyo, entraba en las bodegas de las flotas extranjeras y desaparecía en el mundo mientras vos te quedabas en la costa, contemplando con los brazos caídos esa desaparición y viendo enflaquecer tus hijos. Hoy podés quedarte tranquilo y dejar que tu tierra transpire el milagro de su abundancia sin límites. El fruto irá primero a tu mesa y luego entrará en los ferrocarriles —¡tuyos!— y se detendrá en el hermoso puerto de los barcos —¡tuyos!—. La flota que te dieron, la flota que en una de esas gana el campeonato, sabe adónde llevar los excedentes. ¡Andá, subí al barco, hablá con el

capitán y verás qué bien se le entiende! Es tu primo, mi hermano, el amigo de Pepe, otro como vos y yo, claro, con gorra, pero igual que nosotros. Argentino como la bandera que está en la punta del palo mayor, argentino como el paquete que viaja en la bodega ¡para cumplir un destino argentino también! ¿No entendiste todavía? ¡Vamos, si todo está clarito, si los cuatrocientos barcos de hace cinco años ahora son dos mil y todos tuyos! Agarrá los remos y date una vuelta en el bote que elijas, ¡todos tuyos! ¿No entendiste todavía? ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXI

¿Me escuchás, Mordisquito? Hoy necesito hablar con vos; y con vos, ya sabés cómo hablo. Sin malquererte. Sin perseguirte. Tratando de quebrar la cáscara de tu terquedad y llegar hasta la pulpa misma de tus sentimientos, ¡que los tenés y de sobra! ¿Cómo no vas a tenerlos si sos otro argentino como yo? No, Mordisquito; hoy vamos a hablar juntos, vos y yo contra otros. Hoy tu dolor entrará en el mío y le pondrás el hombro a mi tristeza para que los dos suframos frente a la aberración de otros. ¿Oíste qué palabra te alcanzo para que hagamos con ella un dúo de incredulidad y de pena? *Aberración*. Porque hubo un crimen. El de las tinieblas, que es el más despreciable de todos. El de la cobardía y la infamia. Una máquina para la muerte, deslizada allí, en una vía cualquiera, a la espera de cualquier vagón, ¡no la venganza contra alguien, sino el estúpido atentado contra cualquiera! Vení, Mordisquito, esta noche seremos amigos, aunque vos no lo quieras. ¿Sabés por qué amigos? Porque vos y yo no queremos creer en eso, en lo que pudo pasar. Porque los dos estamos todavía estremecidos por el presentimiento de los que pudieron morir.

¿Indignación? No, no. Pena. Inmensa pena. ¿A quién podemos dirigirnos vos y yo? ¿En el centro de qué sombra

se esconde el horror de los culpables? Es distinto hablar de vos que hablar de ellos. Sé adónde ir a buscarte, qué vas a decirme y qué te voy a contestar. Pero a ellos, los criminales de ese atentado sin heroísmo, los cómplices de esa aventura que no tiene perdón, ¿dónde encontrarlos? ¿A qué cara asomarnos, a quiénes pedirles cuenta por esta felonía sin comparación? Yo no entiendo que alguien mate a alguien. La guerra es una miserable costumbre de los déspotas y la muerte no merece resolver ningún problema. Pero al que mata de frente, aunque sea un asesino, a ése también lo juzgamos de frente. ¿Y cómo podemos juzgar a los inspiradores o a los subalternos de este crimen absurdo? No, Mordisquito, no. Yo podría llegar fácilmente a la emoción llorosa de los que me escuchan diciendo que en ese tren que pudo volar hecho pedazos había madres. No, no; sería un recurso barato y profesional, indigno de este dolor, este sincero dolor con que te hablo. Digamos que allí viajaban... amores. De todos los tamaños. De todas las clases. Cada uno de aquellos que pudieron ser víctimas de un rencor inhumano era el amor de alguien. Cada uno de nosotros, por pequeño y triste que sea, es el amor de alguien, de alguien que nos quiere, y nuestro drama es su drama o, por lo menos, su melancolía. Pero los resentidos que quisieron vengarse, no de vos o de mí sino de una tremenda idea que no cabe en ellos, por eso mismo, porque es tremenda; esos resentidos no pensaron en la absurda matanza de los inocentes, sino en el desquite de sus pasiones oscuras. ¿Pero desquite contra qué, contra quién? No, no, yo no entiendo, no quiero entenderlo, y vos, que a veces no entendiste otras cosas, hermosas y evidentes, tampoco querrás entender todo esto, tan tenebroso y tan infame. Mañana, mi amigo, mi teco y querido enemigo, quizás vos y yo volvamos a lo

de antes. Pero esta noche, en este dúo de tu pena y la mía, sé que nos hemos comprendido por primera vez. Porque vos... vos no vas a contarme que ahora no estás junto a mí, hombro con hombro, dolor a dolor. No, no. ¡A mí no me la vas a contar!

XXII

Mirá, cuando vos y yo íbamos a la escuela —¡parece mentira decirlo!—, cuando vos y yo íbamos a la escuela, —¿dónde quedó todo eso? ¿Y dónde quedó lo que aprendimos?—. ¡Bueno! Cuando vos y yo íbamos a la escuela, con un redoble de valijas en bandolera y un chaschás de jarrito de aluminio que se desarma; cuando vos y yo viajábamos maravillados en la historia de Grosso y aprendíamos, por ejemplo, que Colón era hijo «de un humilde cardador de lana». ¿Te acordás? No del padre de Colón, de la historia de Grosso. Cuando vos y yo resolvíamos problemas a base de vacas que consumen equis kilos de pasto o comíamos ruidosamente el pancito de la cooperativa —en esa época de la zarzaparrilla fumada a escondidas—, vos, yo, tus amigos y los míos, toda aquella preciosa fauna con guardapolvos, aprendíamos una lección geográfica, la que habían aprendido nuestros padres, la que seguirían aprendiendo nuestros hijos: «La República Argentina está dividida en catorce provincias, diez gobernaciones y un distrito federal». ¿Te acordás? ¡Cómo no vas a acordarte! Colgado del clavo que estaba sobre el pizarrón, bajaba hasta tu alegría de cachorro el mapa de la patria heredada, con la nariz rosada de Misiones, la bota amarilla de Santa Fe, el espinazo tremendo

de la cordillera, la rabia camorrera de las Malvinas y aquello tan gracioso de «ensenada de Samborombón». Dentro de ese mapa existían dos gobernaciones que nos preocupaban más que otras —¡vos no te habrás olvidado por qué!—. La maestra nos decía: «Niños, La Pampa y el Chaco están en condiciones de ser provincias». A nosotros aquella desventaja nos indignaba. ¿Y si podían ser provincias, por qué no eran provincias? ¿Había derecho? ¡No, no había derecho! Claro, para qué vamos a engañarnos: nosotros entendíamos de una manera vaga y general qué diferencia había entre una provincia y un territorio. No teníamos un sistema político para medir la injusticia de la postergación; veíamos el problema a través de nuestra inocencia con sabor de gofio, y como adorábamos el mapa de la patria y como para nosotros vivir en una gobernación era una forma de jugar en segunda, aquella melancolía de los territorios olvidados, aquella pena de las cenicientas gauchas era nuestra pena y nuestra melancolía, era una confusa indignación de criatura que no entiende pero que presente, y tu presentimiento, el mío, el de toda la pandilla saludable y barullera, tenía dos mojones: uno que se llamaba Resistencia, y el otro, Santa Rosa de Toay.

Y bueno, ahí tenés el mapa de los años perdidos. Ya no está la maestra que nos domesticaba con sus espuelas de seda. Ya los jarritos no son de aluminio sino de material plástico. Ahora no sos vos sino tus hijos quienes resbalan por la tabla del cuadro, y ahora cuelga del clavo reluciente el mapa de las dieciséis provincias. No me digas que no. El día que los ciudadanos de La Pampa y el Chaco salieron a la carrera, gritando con una preciosa alegría en alto, hubo en el pibe que todos guardamos bajo los escombros de los años un alivio —eso hubo—, un suave desquite, un lejano sueño cumplido.

Mirá, yo no voy a hablarte de las promesas que durante años y años hicieron los gobiernos que no miraban hacia tierra adentro; ni voy a decirte, con estadísticas, por qué esta consagración de los dos territorios, además de un hermoso acto de justicia es un momento histórico para la transformación social de tu país. Dejáme que vuelva contigo al salón de clases, al rescate del sábado, al pancito de la cooperadora, a la antigua lección de... «catorce provincias, diez gobernaciones y un distrito federal». Sí, ya sé, ya sé. Vas a decirme que todo esto es demasiado importante y que mi recuerdo, en cambio, es demasiado personal y muy pequeño. Pero ¡es mío!, ¿sabés? Mío y tuyo. Una nostalgia rezongona de maestra fantasma que nos murmura —¿te acordás?—: «La Pampa y el Chaco están en condiciones de ser provincias». Claro, ya lo sé: un ansia infantil, una despeinada rabia de criatura. Pero sé que este recuerdo te está penetrando y te está conmoviendo porque vos no podés decirme que este recuerdo no es al mismo tiempo ternura e historia. ¿Vos, que tenés mi misma edad? ¡No, vos no podés decírmelo! ¡A mí no me la vas a contar!

XXIII

¿Qué? ¿Leíste los diarios? Yo también los leí. ¿Viste qué linda noticia? Acaban de entregar la primera libreta sanitaria. ¿Sabés dónde? En Tierra del Fuego. No te hablo de Burzaco o de San Andrés de Giles o de Curuzú Cuatiá. Te hablo de Tierra del Fuego. ¿Te acordás dónde queda? Allá donde la tierra le da una patada al océano. Ahora hay libretas sanitarias donde antes no había nada más que penados y pingüinos. Aquel rincón austral que era solamente un cepo para la infamia. El depósito de la indignidad. Un territorio tirado en el rincón de los cachivaches. ¿Y para qué te voy a contar lo que és ahora? Soplaron un silbato de amor, tocaron una campana de amor y un tren sanitario caminó trocha arriba, conducido por un maquinista ¡que también es amor! Ahora vuelan los vagones llevando a todos los ángulos de esta patria sin límites un precioso mensaje de salud. Un mensaje para que lo aprovechen desde San Antonio de los Cobres hasta la vieja Ushuaia. Una libreta que lo mismo se abre en la hornalla chaqueña que en la heladera fueguina. Es hermoso todo esto, ¿verdad? Hermoso y sincero. No se trata de la aspirina que te tiran como una limosna. Es otra cosa, ¿sabés? Es una manera afectuosa de meter una inyección en un brazo como quien pone una flor en una solapa. Es

recibir al enfermo como una visita preferida y hacerlo salir del vagón con la radiografía puesta. Es curarte y sonreírte. Es como escribir tu diagnóstico en verso y atarle un moñito a la aguja plateada de la transfusión.

¿Y esto no te emociona? ¿No? Claro, vos siempre tuviste el médico a mano. Te vino un resfrío y te hicieron consulta. En tu familia siempre existió ese amigo con diploma a quien la costumbre le llama *médico de cabecera*, y en la farmacia de la esquina te prepararon la receta pesándote los ingredientes en una prolija balancita de cobre. En tus condiciones y en tu medio daba gusto estar enfermo, palabra. ¡Qué lindo! ¡Era encantador sentirse mal! Te acostabas en una cama llena de almohadones y las tías preguntaban por teléfono. Porque, vos, fijáte que las tías siempre preguntan por teléfono. A tu alrededor flotaba la atmósfera de la comunidad y del amparo. ¿Cierto que sí? Para tu solvencia de paciente que puede hacer rodar la píldora, la neuralgia era un *picnic* y la apendicitis un *week-end*. Por eso no podías pensar —¡no podés pensar!— en el drama sin belleza de los enfermos en serio, a quienes no se les sienta un médico a la cabecera de la cama, sino la muerte a los pies del catre. Todo ese problema de las regiones castigadas por una fiebre endémica o por esa trágica enfermedad que se llama *hambre*; todo ese problema ignorado ¿qué podía interesarte si, precisamente, lo ignorabas? Te hablaban de una epidemia y pensabas en la gripe porteña, no en el paludismo o la brucelosis. No, vos no podías pensar. No porque fueras malo, ni siquiera incompasivo, sino porque tenías la negligencia del que vive bien y está muy lejos de los que mueren mal. Pero ahora lees lo que yo leo, sabés lo que yo estoy sabiendo, y no me digas que tu encogimiento de hombros responde a un telegrama de tu corazón. No, a mí no me vas a contar que tu corazón no recoge con

gratitud y con alivio este viaje optimista que llega a la avenida General Paz y vuelve, sino que sigue alegremente ya sabés hasta dónde: Socompa, la Puna de Atacama, Tartagal, San Diego, Tierra del Fuego, ¿sabés? ¡Tierra del Fuego, con su primera libreta sanitaria ahora, y con su frialdad desheredada antes! Ponéte junto a la vía, no te encojas de hombros para mantener una absurda resistencia de tus sentimientos y mirá esta reluciente caravana de la salud, mirála con todo el amor que se merece, porque eso es lo que lleva: amor. ¿Verdad que sí, que vas a hacerlo cuando yo no te vea? Porque aunque te avergüence dar tu brazo a torcer, no me digas que no has comprendido todavía. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXIV

Decíme: ¿A vos te gusta el Tigre? No, no te hablo del mamífero forrado con su piel vanidosa, sino de las islas estupendas donde el chúcaro dorado pelea con el pescador de hombre a hombre. Donde arden los duraznos envueltos en pelusa y roncan aquellos mosquitos atléticos para quienes las espirales son un delicado manjar que echa humo: ¿Te gustan las islas de ese Tigre? ¿Verdad que sí? Claro, habrás viajado por esos riachos con el bote bajo el brazo frente a un desfile de ceibos redundantes o de sauces desconsolados. Yo también viajé. Y ¿sabés lo que vi? Algo nuevo y sorprendente. Vi barcazas para el transporte de frutas, por ejemplo, que tenían pintados nombres sobre el costillar de madera; pero no nombres de personas famosas, ni siquiera esos letreros pintorescos con que los isleiros bautizan su lanchón o su canoa... ¡qué sé yo!: *El Paraíso, Rosita, Stella Maris, Paraná Mini*. ¡No, no!, los que yo vi eran nombres y apellidos, ¿sabés? Pero no Leonardo de Vinci, ni Juan de Garay, sino Pedro Pérez, Abelardo Mendiondo, Fulano de Tal. ¿Sabés cómo bautizan en los astilleros nacionales a las barcazas del transporte fluvial? Con el nombre y apellido de un obrero que trabajó en la construcción de esa barcaza. ¡El nombre y apellido de un obrero que se distinguió en esa construcción!

Es un detalle precioso, no me digas que no. Vos y yo sabemos perfectamente en qué pozo vivía el obrero y hasta a qué superficie de dignidad lo han elevado ahora. Y este detalle que te revelo, esta aparente tontería que acaso te haga sonreír con displicencia es al mismo tiempo un símbolo, un síntoma y una definición. Claro, un hombre que construye un barco no es un prócer, no, no; pero es un hombre, y su trabajo merece una medida de respeto, y esa medida no es, simplemente, recibir unos pesos más de sueldo, sino adornar el sueldo nuevo, la consideración nueva, ¡el amor nuevo!, con este halago que es al mismo tiempo candoroso y profundo. ¿Verdad que sí, que es, y que vos comprendés el significado de llamarle *Juancito Varela* a una lancha que podría llamarse *Flor del Delta*, *Camalote* o *Surubí Tristán*? ¡Claro, a mí no me vas a contar que el símbolo no entra en tus sentimientos o por lo menos en tus ideas! No sólo tiene importancia uno mismo; quienes nos rodean también son importantes, pero no siempre nos acordamos de esta verdad elemental. Por eso durante largos años el obrero vegetó en la miseria, el vapuleo y el anonimato, mientras las barcas tenían nombres negligentes y se metían agua adentro sin un detalle de amor. ¡Por qué ríos diferentes navegamos ahora! ¿Cierto que sí? Muy diferentes. El obrero es ahora dueño de su vergüenza y se mueve en el mundo de su trabajo, no como una cosa nunca identificada, sino como una cosa en potencia, que puede mejorar el destino de sí mismo y de sus aparceros. Si él está en lo suyo, si nadie como él entiende lo suyo, entonces ¿cómo no va a intervenir en el desvelo y el amparo de sus intereses? ¿Y cómo no va a tener un nombre para que se lo pinten en las cuadernas de un chinchorro? Y yo he visto ese nombre flotando cerca de la flor lila de un camalote y frente a un público de bogas y mandubíes. ¡No, vos no

podés decirme que este detalle casi ingenuo con el que se iluminaron las palabras de nuestra noche termina en sí mismo y no tiene una trascendencia solidaria, un doble fondo donde se mueven todas las palomas del mago, con unas preciosas ganas de volar! ¿Verdad que cuando vuelvas al Tigre y te apoyes en el álamo pensarás en esta creación de la barcaza que no se llama *Ene Ene* sino *Pepe González o Bartolomé Mendieta*? ¡Vas a pensar! ¡A mí no me digas que no le encontré una marejada nueva a tus pensamientos! ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXV

¿Te acordás, Mordisquito? Tu patria fue la patria de Jorge Newbery, ¡y aquellas proezas de criollo lindo, aquel fervor de gaucho que sabe mecánica —y mezcla la prosa del fuselaje con la poesía de la nube—, sólo eran recuerdos sin confirmación! Entonces un viaje en aeroplano era un momento histórico en la vida de una familia, y dentro de la parentela se mencionaba con respeto al primo Pepe, porque te decían: «¿Vos no conocés a Pepe? ¿Cómo no conocés a Pepe? ¡Es el que voló!» ¿Verdad que te acordás, Mordisquito? Y no te estoy hablando de aquellos años ruidosos de Matienzo, Teodoro Fels, Zanni. ¡No, no! Estoy recogiendo el hilo de un barrilete que movía la cola allí no más, cerquita, en el centro de los años sin inquietudes, cuando esta patria ahora redimida no era nada más que un inmenso loteo y un pretexto para la bandera de remate. El transporte aéreo tenía una manera: la de la indiferencia. Sobre tu cabeza, que entonces tenía pensamientos pero no ideas, aparecían volando a intervalos las máquinas de alguna sociedad mixta. Pájaros que roncaban en otro idioma —vos sabés por qué te lo digo—. Si entonces no era tuya la tierra, ¿cómo podía ser tuyo el cielo? Y el aire estaba administrado a medias entre el chingolo y un capital que transpiraba divisas.

¡Qué distinto reluce ahora el firmamento del país que te dieron! Ya el viaje en avión —avión tuyo, avión que ronca en criollo— no es la proeza que convertía a Pepe en el niño mimado de los cumpleaños. «¿Conocés a Pepe? ¿No sabés quién es Pepe? ¡El que voló!» ¡Y ahora qué me importa! ¡Yo también volé! ¿Cómo no voy a volar si me crearon esa deslumbrante fiesta de Ezeiza? ¿Cómo no voy a volar si vienen a buscarme a los pies de la cama y me dejan justo en el metro cuadrado del mapa que yo apunto con el dedo y que de pronto es Europa y de pronto es Trelew? Vos me conocés y sabés que prefiero hablarte con montones de ideas, no de números, ¡con bolsas de pensamientos, no de cifras!, pero a veces la estadística exhala poesía, Mordisquito. ¡El amor de las evidencias, el amor de los privilegios y de las conquistas! Hace cinco años nuestras líneas —oí bien, dije *nuestras líneas*— cubrían servicios regulares sobre 5.200 kilómetros de distancia, y ahora cubren 53.200. ¿Y entonces, para qué voy a darte más explicaciones, si la diferencia que va de *cinco mil a cincuenta mil* tienen que subyugar tu espíritu de hombre moderno, que añora la diligencia del museo de Luján pero que se mete alegremente en la carlinga de un *Déle*¹ ¡A mí no me vas a contar que estos números no tienen belleza, Mordisquito! Y tengo más, tengo un montón, ¡una marejada de números, una patria de números! En 1950, Aerolíneas Argentinas ha transportado ¡50.000 pasajeros más que en 1949! ¿Oíste? *Cincuenta mil*. ¡No fueron los once muchachos de Rácing que volaron a Europa! *Cincuenta mil*, dije, y repito la cantidad contento de los ceros que tiene, la repito para

¹ El *Déle-Déle* fue un avión de combate de fabricación nacional producido a partir de 1944. (N. del E.)

que avance sobre tu resentimiento y convierta esos hombres que se encogen desdeñando en las cejas que se alzan admirando. Porque a mí no vas a decirme que no comprendés la importancia que para el país de tus amores tiene este incremento infatigable y ruidoso de los transportes aéreos y de las obras aeronáuticas que desde cinco años atrás convierten al antiguo cielo de la hipoteca en este deslumbrante firmamento de la autonomía, la proeza y la liberación. ¡No, Mordisquito, ya se marchó la época de la volanta y del sulky! Ahora estamos vos y yo moviéndonos en las manos de la velocidad, y entonces no podés contarme que preferís aquella tradición a base de bueyes picaneados, y no este incesante despliegue de máquinas movidas por una iniciativa de progreso y amor. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXVI

Oíme, Mordisquito: alguna vez te hablé de confusio-
nismo, de los rumores, de las calumnias, de todo ese in-
fame y misterioso río de noticias falsas que echan a rodar
los resentidos. ¡Claro, ellos no pueden mostrarnos her-
mosas realidades y entonces buscan el desquite de las
mentiras sin dignidad y sin heroísmo! Y ellos, los que
desde hace años te dicen sigilosamente: «¡Se va a venir
una!», éstos mismos son los que ahora te ponen una mano
en el hombro, miran hacia los costados, se agachan y
te dicen: «¡Atenti! ¡Ojo! ¡La que se viene el veintidós!»
¿Y qué se viene el veintidós? ¿Qué es lo que se viene?
¡2.000.000 de personas, eso se viene! No te estoy ha-
blando de 200 comparsas para gritar cualquier cosa; no
te hablo de una claqué de cincuenta. Te estoy hablando
de ¡DOS MILLONES DE ARGENTINOS que vienen a defen-
der un mundo de conquistas enormes! ¡Que han encon-
trado la felicidad en ese mundo y que no quieren perderlo!
Dos millones que harán ruido. Claro, no van a marchar
por las calles con pasos de minué, sino gritando hasta
dejarte sordo, alegres, contentos y satisfechos. ¡Cómo
no, si es el pueblo mismo! Dos millones que encenderán
las fogatas de una fiesta bochinchera, todo calor y luz.
Y los profesionales del chisme quieren obscurecer la

maravilla de ese día sin límites inventando un peligro que no existe, una angustia que no se prepara: «¡Ojo! ¡Cuidado! ¡Compren víveres! ¡No salgan a la calle! ¡Shhh! ¡Atenti! ¡Que no falte comida! ¡Shhh!» Pero, ¿de qué «comida» me hablás? Pero, ¿por qué «víveres»? Pero, ¿por qué «no salgan a la calle»? ¿Es la guerra? No, no es la guerra. Al contrario, es la paz de los trabajadores porque habrá gritos y canciones y banderas, ¡pero es la paz! Claro, a vos te gustará más una audición de boleros o un concierto en la Wagneriana; lo entiendo, porque hay músicos y músicas que a vos no te llegan pero a mí sí, a millones y millones sí. ¿Y a mí me vas a contar que, millones de hombres que vienen a defender un privilegio, un nombre y una idea es sólo porque... porque sí? ¿A mí me la vas a contar? ¡No, a mí no me la contás! Dame la espalda si querés; dale la espalda a toda esa fiesta que conmueve a muchos y que no hiera a nadie; colocáte en una postura negligente, fumá tu cigarrillo envolviéndote en una selva de humo; silbá un guaresón o miráte las uñas, ¡hacé lo que quieras; pero, oíme, a mí, y si no a ellos, a los dos millones de la estupenda fecha, oílos, no como se oye un rumor de esos que ahora están de moda, sino de una manera más leal y más argentina, porque el rumor es una agachada y lo que ellos quieren decirte es una preciosa altivez! Sí, yo no te niego que los que están contentos cantan, gritan, castigan el parche de sus corazones fuertes y satisfechos, y no avanzan bailando de punta sino con un redoble de botines sonoros. Y esto es lo que va a pasar el 22. Pero nada más que esto, y... ¡todo esto!: El pueblo de tu patria, el pueblo ayer explotado y hoy redimido que puede salir a la calle a gritar lealmente su amor y su pensamiento sin que lo muelan a palos. No, no, eso ya pasó. Eso es la pesadilla de antes y esto será el sueño de hoy. Por eso no le hagás caso

al intrigante que fabrica una historia mezquina y que te dice: «¡Shhh, ojo, peligro! ¡Las mujeres y los niños primero! ¡La que se viene el 22!» ¿Y qué se viene? ¿Ya te dije lo que viene? ¡No 2.000.000 de rencorosos que salen a pelear sino 2.000.000 de trabajadores agradecidos que salen a proclamar su fervorosa adhesión y su reconocimiento! ¿Y a mí me vas a contar que no preferís esta lealtad de los que gritan una verdad argentina a la infamia de los que murmuran? ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXVII

¡Ah!, ¡qué gracia! Claro, a vos te hablan de las escuelas que ahora brotan aquí y allá, a derecha e izquierda, con una doméstica velocidad de alpiste, y despreciás. ¿Sabés por qué? Dejáme que te lo diga. Porque vos naciste, no a la orilla del arrabal ofendido por el conventillo y atravesado por la zanja; no allá lejos, en el dolor de una provincia olvidada o de un territorio maltrecho, sino que naciste en el barrio cómodo, dentro de una familia confortable, a una cuadra del colegio. ¡Todo servido para vos! Este recuerdo de la infancia que tuviste te hace suponer que todas las infancias fueron como la tuya y que todas las criaturas argentinas tuvieron siempre un pupitre para clavar el tiralíneas. No, Mordisquito, hubo una realidad muy diferente. Triste realidad. ¡Dolorosa realidad! Vos no conociste el drama de los changos descalzos que llegaban en burro a la escolita, una escolita de barro y de arañas y que no quedaba, como la tuya, a los pies de la cama, sino a una legua, a dos, a diez, ¡tan lejos de la casa y tan cerca del hambre! Vos no has recorrido aquellas viejas escuelas, que no eran edificios sino ranchos donde se agolpaban al mismo tiempo y en el mismo curso chicos de todas las edades, en una mescolanza de años y de programas que no podía evitarse porque dentro

de esa miseria sólo se movía un maestro, un maestro prócer que tocaba la campana o cerraba una planilla o barría el aula. Un hombre que era, ¡al mismo tiempo!, maestro y director, maestro y portero. No, Mordisquito. Vos nunca conociste este conmovedor sacrificio de las criaturas que querían aprender y de los maestros que se morían de hambre para enseñar. Vos, ya sabemos dónde habías nacido y a qué colegio te llevaron. Todo a mano, allí cerquita, con la maestra que fue tu primera novia, la sala de ilustraciones con el esqueleto y el caramelero que vendía turrón japonés. Por eso te dicen que en los últimos cinco años se han levantado en tu patria más escuelas que en los cien años precedentes, y la estadística te resbala encima como un caracol en el azulejo, dejándote una huella que no entra y que, secándose, desaparece. Pero no, Mordisquito, vos no tenés que ser así. Yo no critico la niñez dichosa que tuviste. No, no; al contrario: en buena hora disfrutaste de ella. ¡Y ojalá la hubieran tenido todos! Pero te pido que ahora que todos los niños argentinos pueden vivir los años venturosos que viviste vos, ahora, Mordisquito, vuelvas tu mirada a lo que hubo, ¡sepas lo que hubo!, y que al mirar lo que hay tu negligencia se convierta en aplauso y tu menosprecio en admiración. Desde 1949, ¿sabés qué promedio se viene entregando a la niñez y a la juventud? Caéte: ¡una escuela por día! ¿Entendiste? No, no hablo con símbolos sino con cifras: ¡cada día una escuela nueva! ¡Alpiste, Mordisquito! Y no es únicamente el colegio del barrio, el *cole* del balero, la payanita y las discusiones sobre Tesorieri, Bidoglio y Mutis. No, no; es el río de los colegios que avanza buscando todas las esquinas de la patria, los colegios que buscan al chango o al gurí o al pibe y le salen al paso con un redoble de pupitres barnizados y de campanas que ya no son como antes, —¡un cencerro atado con un

piolín!—. ¡Escuelas y escuelas en el cañaveral, en la montaña, en la pampa, en la salina o en el obraje! ¡Una escuela por día, Mordisquito! ¿Hace falta que te diga más? ¿O es posible que ese promedio inusitado, casi fantástico, no quiebre tu oposición sin fundamento y no te convenza por lo menos de esta realidad? Porque a mí no los vas a decir que los números no hablan y que los números no persuaden. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXVIII

Vos, yo, todos los que entramos hace una punta de años por los caminitos domésticos de la historia conservamos nítida en los recuerdos la estampa de aquel Cabildo Abierto de 1810. Allí sacudimos los hombros para quitarnos un yugo, y los brazos para que se rompiese una manea, y estuvimos libres. ¡Libres por unanimidad! Es decir, casi unanimidad, porque al margen de las resoluciones más tremendas y de las conquistas más absolutas siempre se mueve la sorda tropa de la minoría que no quiere entender. Hubo opositores entonces, como los hay ahora. Pero aquel Cabildo Abierto de las estampas infantiles, con sus cortinas de fieltro, sus candelabros ruidosos y su desfile de sorprendentes galeras color ceniza, se levantó como una bandera sobre la intransigencia de los que se oponían y flameó durante años y años, hasta que soplaron vientos de miseria o de negligencia en la patria de nuestros amores, y el pabellón bajó hecho flecos, dejando al aire la desnudez de un mástil que ya no servía para nada. Pero hoy sube nuevamente la bandera flamante de las realizaciones y el Cabildo abre sus puertas ¡otra vez! Por mucho tiempo se había olvidado la práctica de los Cabildos Abiertos. ¿Para qué convocarlos? ¿Para que el pueblo marcase a fuego a los traidores de

la nacionalidad? ¿Para que se demostrara que la historia de los gobiernos era la historia de las francachelas, la indiferencia y la esterilidad? Convocarlos hubiera sido como festejar un accidente. A los gobiernos no les interesaba, pero los Cabildos Abiertos se levantaban y se abrían en la conciencia de cada argentino que juzgaba los desmanes de los privilegiados. Ahora la conciencia sale a la calle y el pueblo se desborda cantando y abre las puertas de este recuperado Cabildo Abierto¹. ¿Y sabés por qué, Mordisquito, ahora te hablo a vos? Porque el pueblo necesita agradecer lo que se ha hecho y necesita exigir que la obra siga, que los protagonistas sigan, y que sigan creciendo y alzándose los infinitos motivos para la gratitud. Obreros, estudiantes, campesinos, ¡mujeres y niños! ¿Para qué voy a enumerarte la tremenda variedad fervorosa de los que avanzarán redoblando sobre las horas de una fecha incomparable? ¡Todos! ¡Todos, menos vos, Mordisquito! Desde todos los vértices de este triángulo de felicidad que es la Argentina se derramará el río estupendo de los que no vienen a buscar una esperanza sino a mantener una realidad. Hace años, cuando teníamos una idea, patriótica, política, ¡una idea social, Mordisquito!, para discutirla o para exaltarla nos reuníamos en una... ¡qué sé yo!... una casa, un salón de actos, un galpón de seis por ocho ¡y cabíamos todos! Hoy no. A esa multitud emocionada y convencida que abre las puertas del Cabildo nuevo le quedaría chico un estadio, un barrio, una ciudad.

¹ Se refiere al Cabildo Abierto del Justicialismo, convocado por la CGT y efectuado el 22 de agosto de 1951 con el fin de solicitarle a Eva Perón que aceptara integrar la fórmula presidencial con Juan D. Perón, en los comicios del 11 de noviembre del mismo año. (*N. del E.*)

¡El país entero necesitamos, Mordisquito! Y nos reuniremos a lo largo y a lo ancho de todo el país, el país que estaba tirado como un trapo y que ahora flamea sin la mancha y sin el remiendo, limpio otra vez, recobrado y reconstruido, bandera para el amparo de todos los leales, emoción y defensa para todos menos para vos. Pero, ¿por qué *menos para vos?* Andá, Mordisquito; date una vuelta por la avenida 9 de Julio el miércoles próximo. A lo mejor te convence el número: ¡no puede ser que tantos estén equivocados y que la razón sea tuya, solito tu alma, parado sobre el metro cuadrado de tu terquedad! Abandoná tus prejuicios, asomáte a la fiesta de los agradecidos y en una de éstas, ¿quién te dice?, el espectáculo te derriba, y de tus escombros nace el argentino nuevo, el argentino que sonríe y que cree. Andá, Mordisquito, acompañá-nos. ¿Por qué no querés ir? ¿O tenés miedo de que te convenza? ¿Cómo? ¿Que no tenés miedo de que te convenza? ¡Vamos! ¿A mí me la vas a contar? No. ¡A mí no me la vas a contar!

XXIX

¿Por qué te dio tanta rabia? Sí... Hoy, Mordisquito, no lo niegues. Hoy, 17 de agosto. ¡No lo niegues porque yo te vi y te oí! ¿Cómo? ¿Qué si estaba cerca tuyo? ¡Incrustado en vos estaba! ¡Fue por eso que no me viste! Frente a la plaza de Mayo. Que hasta allí llegaba, por ese lado, el medio millón de chicos. ¡La baraúnda más linda y más loca que conocí en mi vida!... Yo... ¡Y vos! ¡Medio millón de pájaros estremecidos por un solo anhelo! El de llegar al estadio que!... ¡ya estaba lleno!! ¡Cubiertas las 40 mil plazas del estadio!... ¡y el medio millón afuera, pujando —entre la bullanga más deliciosa— por acercarse al sitio! Como si medio millón de gorriones buscaran, en pleno día, el árbol donde ampararse. Y eso te dio mucha rabia, sí, no lo niegues, porque a mí me gusta tu sinceridad aunque no comparta tu error. A vos te dio mucha rabia, y eso no tiene sentido. Yo estaba incrustado en vos —porque la marea era tal que me aplastó contra tu pecho, del mismo modo que luego me separó sin que me vieras—. Yo estaba apretado a vos, y fue por eso que te oí cuando decías: «¿Ahora también los chicos hacen política?» ¡Sí! ¡No lo niegues! ¡Te oí! «¿Ahora también los chicos hacen política?» ¡Y no! ¿Por qué? ¿A qué le llamas *política*? ¿Agente que da las gracias? Porque los

chicos de hoy fueron a devolver con su presencia lo que han recibido en privilegio. ¿O no sabés que en tu patria primero están los niños y después los niños, y después otra vez los ni-ños? ¿Por qué decís que fueron a hacer política? ¡Si los chicos no votan! Sí... Ya sé, antes votaban hasta los muertos, pero aquí, los chicos de hoy, no votan. ¿Y entonces? ¿Qué rara confusión se ha establecido en tu cabeza como para querer embarrar una fiesta de la emoción, tan linda como esta de hoy, que no tiene parecido en nuestra historia, con una frase descarnada y sin sentido? «¿Ahora también los chicos hacen política?» Y no, Mordisquito... ¡No! ¿Por qué van a hacer política? Si los chicos no saben más que besar o no besar. ¿Y qué? ¿Te dio rabia que hoy quisieran besar? ¿Y no se merecían el beso? ¿Mil besos? ¿Medio millón de besos? Los chicos no intuyen nada de eso que vos querés, los chicos *sienten, ven*. Les han dado todo. Se lo siguen dando, y ellos tienen miedo de que no les den más todo ese amparo. Toda esa ternura. Toda esa esperanza. Y saben quién se lo dio. Todos lo sabemos. Y por eso fueron. ¿Vos no hubieras ido si hubieras tenido esa edad? ¡Y claro que hubieras ido! Un hombre, a fuerza de vivir, se hace hasta desagradecido, pero los chicos, no. Los chicos mantienen hasta una edad —que te olvidaste— la pureza de sus movimientos emotivos. Les das cariño y te dan cariño. Tus hijos, y los hijos de todo el mundo, entienden únicamente un solo idioma: el del cariño que encuentran. ¿Y entonces? ¿Por qué decís que fueron a hacer política? A los chicos les dijeron que los que hoy los hacen felices se quieren ir y los chicos no quieren. ¿Por qué van a querer? Si en la niñez no es la cabeza sino el corazón quien piensa, ¿por qué iban a hacer política? ¿O crees que ellos saben que antes hubo chicos de su sangre y de su tierra, ¡aquí en su tierra!, que vivían sin pan

y morían sin juguetes. Vos sí lo sabías. Y yo también. Pero ellos, ellos no. Y entonces, ¿por qué se te ocurrió que hoy medio millón de chicos adorables iban a hacer política, en vez de pensar que querían darles un beso a los que les dieron la felicidad? ¡Vamos, Mordisquito! ¡A mí no me la vas a contar!, ¿eh?

XXX

Mirá, estoy ronco porque hace tres horas que hablo y no me entendés. Mirá, Mordisquito, durante 1950 el Gobierno repartió títulos, permisos y concesiones sobre tierras a 5.000 mil familias con un total de 22.000 personas. ¿Y sabés qué tierras? Las mismas que durante los años de la incuria permanecieron tiradas como un excedente. Los latifundios, Mordisquito, esos tremendos bostezos de campo laborable, con su entrepiso que esperaba ansiosamente la visita de las raíces que no le llegaban nunca. ¡Claro, mucho lío plantar! ¡Mucho lío el desmonte o el emparve! ¡Tremenda complicación esa de aceitar un arado o una trilladora! ¡Cargosa dificultad esa de abrirle la tranquera a las familias muertas de hambre para que entrasen a roturar la tierra y no sólo ganasen su alimento y su sueldo, sino que acrecentasen las riquezas de los patronos negligentes! No, Mordisquito, ya te lo dije antes: ¡mucho lío! El país estaba repartido en las manos de cien familias. ¡Las cien familias privilegiadas de antes! Claro, si en los latifundios entraba el río de las otras familias —las familias desheredadas y hambrientas— aquella, tierra que no servía para nada serviría para todo, pero los patronos bajaban la argolla de la tranquera, estiraban los tientos del

alambre y se hacían el viajecito a Europa. ¡No podían fallar!

Claro, ellos o bien tenían dinero a paladas y no querían molestarse en subdividir aquellos estériles lagos de pasto o bien pensaban otra cosa. ¡No, si se la tenían bien pensada, no vayas a creer! La subdivisión y el arrendamiento de los latifundios hubieran traído, desde luego, una abundancia de trabajo, pero a los explotadores de la peonada les convenía que el trabajo fuera escaso y ambicionado para así pagar sueldos infames a los desesperados, porque un hombre que tiene a sus espaldas una familia querida a la que mantener, agacha la cabeza, acepta la humillación y el latigazo, trabaja por chauchas, convierte su dignidad de hombre en una miserable heroicidad. ¿Entendés, Mordisquito? Te hablo de gente de campo y te hablo de gente de la ciudad. Lo que ocurría en los latifundios ocurría en las fábricas. El hombre explotaba al hombre porque más allá de los centavos del jornal cruelmente ganado ¡no había nada! Es decir, sí, había cien familias, había cien feudos que pasaban de padres a hijos con un absoluto desprecio de la clase que entonces era el desperdicio o el estropajo, y que hoy es la única clase que reconocemos: ¡la del hombre que trabaja! ¿Cambiaron las cosas, no es cierto? ¡Claro que cambiaron! Acaso vos te encojés de hombros no por maldad, Mordisquito —¡vos no sos malo!—, sino por negligencia. Siempre viviste sin la angustia del peso que falta y nunca llegaba hasta tu mundo el rumor dolorosos de las muchedumbres explotadas. Para vos el resero o el peón o el chacarero eran pintorescos personajes sin problemas sociales, que se pasaban la vida ensillando el pingo pan-garé o tocando no la guitarra sino la vihuela.

Y para vos el obrero no era un padre, un hermano o un hijo, sino un anarquista que salía a hacer ruido los

primeros de mayo, y la fabriquera era un invento de Carriego o un maniquí arrabalero para que encima le cortasen letras Carlos de la Púa o Celedonio Flores. Y no, Mordisquito. Todos ellos eran células de una familia, amores de una familia. ¿Vos te creías que no tenían que vivir y que comer? ¡Sí, comían como vos, vivían y amaban y sufrían como vos! ¡Y ahora, como vos, comen y aman y viven pero ya no sufren! Frente a las 100 familias de todos los años, ahí tenés las 5.000 de un solo año, fecundando el latifundio, trabajando no sólo para ellos sino también para la patria, ¡que es estar trabajando para vos! ¿Entendés, Mordisquito? No, a mí no me vas a contar que no entendés, que no entendiste ya hace mucho. ¡Qué me la vas a contar!

XXXI

¡Mañana! ¡Sí, es mañana! ¡Mañana, Mordisquito! A vos no te habían enseñado que tu patria tiene caminos, ¡una ponchada de caminos, un mundo de caminos! Vos vivías en la ciudad, como en un aula de *portland* y creías que el país terminaba en la avenida de circunvalación. ¡Y no, Mordisquito! No, no. Tu patria tiene multitud de caminos, y si todavía no aprendiste a saberlo, mañana aprenderás, porque por esos caminos llegará el alegre tumulto de los hombres sin angustias, el fervoroso bochinche de los que comen y sueñan, todo ese conmovido y sonoro enjambre de la gratitud. Nunca, ¿me oís bien?, ¡nunca tu patria había conocido una fiesta como la de mañana, enorme fiesta, fiesta monumental! Hubo otras —¡claro que hubo otra!— preciosas fiestas, pero como ésta, con la fuerza, el color y el amor de ésta, ¡a mí no me vas a contar que hubo otra! ¡No, a mí no me la vas a contar! Mirá, todo esto que está en el aire, no como un blandito perfume de tocador, pura loción, métale extracto, sino como un tremendo aroma de pampa, de pasto, ¡de sinceridad!, todo esto, Mordisquito, tan popular y tan maravilloso, me da miedo. ¡No, no, entendéme! Tengo miedo por mí, tengo miedo por mis palabras de esta noche. Porque en una de éstas me levanta en vilo el entusiasmo

de los otros, ¡mi propio entusiasmo! y en vez de hablarte razonando me pongo a gritar, Mordisquito. ¡Qué lindo es gritar a veces, cuando el grito es una profesión de fe y no te lo ahogan con un bife! ¡Qué lindo es perder la línea y entrar en la noche a saltos, cuando el motivo del salto no es un planazo sino una convicción! Sí, ya sé que es lindo, pero debo mantener ante tu terquedad sin justificativo una postura tranquila y afectuosa, sin gritos. Yo sé que a vos te molestan los gritos, sobre todo cuando cantan verdades, ¡verdades como estas de mañana, las verdades cumplidas, las verdades que se prometieron hace seis años en otra noche que ya no sé si nos pertenece, porque la historia la pidió para ella y la ha colocado entre las noches sagradas de tu país! ¡No, a mí no me vas a decir que no te acordás de aquella noche! Fue la noche de la desesperación, del amor y de la promesa. Pero la desesperación terminó y el amor sigue y las promesas se cumplieron. ¿Te acordás, Mordisquito? Las viejas plataformas políticas, las plataformas previas a las elecciones, donde el fraude era una costumbre social, estaban cargadas de promesas!, y cuando llegaba el momento del poder, aquellos que habían prometido se encogían de hombros, le daban la espalda al pueblo, ¡y que el pueblo se muriese de hambre o de pena, mientras los hombres seguían explotando a los hombres, mientras los ricos seguían siendo muy ricos y los pobres muy pobres, y el acomodo, el peculado, la coima y la dependencia de los capitales extranjeros seguían siendo las columnas donde se apoyaba la indignidad! Hace seis años, durante una noche que ya está en la historia, un hombre le prometió a un pueblo el derrumbe de los viejos ídolos, la persecución sin cuartel de las vergüenzas tradicionales y la devolución del respeto a la única clase que lo había perdido.

El respeto a la clase de los hombres que trabajan. Y esa promesa fue superada, porque los años trajeron todavía más de cuanto se había prometido, ¡mucho más, muchísimo más! Por eso, desde todos los caminos de tu patria —recuperada— avanza la formidable fiesta de mañana, con sus gritos, sus banderas y sus esperanzas. El que prometió ha cumplido ya: ¡la pobreza no es un destino forzoso en esta tierra! Y los humildes no quieren despojarse de sus conquistas, de ese millón de conquistas que, junto a, ese hombre, les alcanzó también la mano enternecedora de una mujer de asombro. De una mujer que quemando su vida en el fervor más bello ha hecho posible para los hombres, en esta tierra, un montón de cosas que antes sólo estaban prometidas para el cielo. Para eso llegan, para eso cantan, para eso piden. Y no piden una conquista nueva, sino que piden la presencia de los que conquistaron para ellos tanta dicha. No quieren perderlos, Mordisquito, ¡y no los van a perder! ¡Mañana! ¿Entendés? ¡Todo esto cabe en la conmovedora y alegre fecha de mañana! ¿Entrás en su grandeza, comprendés su grandeza? ¡No, a mí no me vas a contar que no la comprendés!

XXXII

¡Y bueno! ¡Ya estuvo, ya fue! ¿Te enteraste, Mordisquito? ¿Vos no fuiste? Claro, ¡qué vas a ir! Pero no me digas que no escuchaste el himno de la gente enloquecida por la alegría, que no leíste las crónicas de ese momento enorme, que no viste las fotografías de todo ese impresionante amor. ¡Ya estuvo, ya fue, Mordisquito! ¡Te hablé de millones, y fueron millones! ¡Te anuncié que un pueblo se movía cantando bajo las banderas, y estuvo el pueblo, estuvo, como te lo dije, de pie para pedir lo que quería y lo que necesitaba, y lo ha conseguido, y vuelve a ser feliz. Vos no dejaste que los tuyos salieran a la calle. A lo mejor, vos fuiste uno de esos que llamaban a las puertas y, cuando encontraban la rendija, metían por la rendija el filo misterioso del chisme. «¡Shhh, atenti! Venimos para aconsejarle. Mañana, veintidós, quédense en casa. ¡Shhh, atenti, ojo! Van a pasar cosas. ¡Shhh!» ¡Y sí, y claro, pasaron cosas... pero históricas, maravillosas, soberanas! ¿Entendés, Mordisquito? La calumnia, el rumor infame, el sabotaje chiquito de los incrédulos, ¡todos los recursos del despecho y de la murmuración, fueron impotentes para manchar la estrella que los argentinos leales entendimos ayer! Llegó el pueblo, ese pueblo ayer apaleado y hoy redimido y se metió

en las calles, no gritando muertas, sino vítores de cariño. Y no traían ni revólveres, ni taleros, ni chuzos, ni las cachiporras de otros años lastimosos, sino que traían fervor en bolsas, Mordisquito, y lo derramaron pidiendo a gritos. Pero vos sabés lo que pedían. ¡No me digas que no lo sabés! No pidieron lo que siempre pedía antes el pueblo: que algo terminase para ver si, empezando de nuevo, algo los mejoraba. No, no, al contrario. Pidieron que algo siguiese —y seguirá— para el bien de los que creen, para la felicidad de los que no creen, para el milagro de todos. ¡Seguirá, Mordisquito! Porque puedo equivocarme yo, vos... podemos equivocarnos cien, ¡pero no pueden equivocarse millones! Y no son millones que están a la espera de promesas y que vitorean dos nombres pensando en las promesas. No, no; son millones que han recibido ya una vida nueva, ¿me entendés?, y quieren que esa vida siga. ¿Cómo querés oponerle al bienestar de la tremenda, de la absoluta mayoría, ese resentimiento tuyo, pequeño resentimiento, Mordisquito; esa negativa tuya que no se apoya en una convicción sino en una obstinación? Vos te enteraste, vos sabés, te contaron o lo leíste, que en tu patria hay millones de personas inmensamente felices que vinieron desde todos los caminos para pedir, para rogar, para exigir la presencia de una mujer y un hombre. ¿Y sabés por qué? Porque esa mujer y ese hombre ¡han sido los promotores de su felicidad! ¿Para qué creés que vinieron? ¿Para qué creés que llegaron, y no de la vereda de enfrente, no de los barrios a media hora del centro, sino de Misiones, San Antonio de los Cobres o el más lejano puerto del sur? No vinieron a provocar, a pelear, a discutir, a llenar las calles de tristeza, de horror y de miedo, sino a llenarlas de entusiasmo, de emoción y de esperanza. Y ahora que el pueblo iluminado consiguió lo que quería y lo que merecía,

el pueblo vuelve a sus hogares, al hogar de allí enfrente o al que está a mil kilómetros. Vuelve riendo y gritando, demostrando gran cultura, sin hacer daño a nadie, sin pólvora y sin machete. ¡Puro amor, Mordisquito, puro y radiante amor! ¿Todavía no entendés el mensaje? ¡Vamos, a mí no me lo cuentes! ¡Podés encogerte ante el telegrama de uno, pero no ante la jornada de auténtica democracia que ayer ofreció la muchedumbre en marcha! No, Mordisquito, hoy menos que nunca, ¿podrías contarme que todavía no entendés y no respetás? ¡No, no, a mí no me la vas a contar!

XXXIII

¡No, no, Mordisquito! ¡Asociación de ideas! ¡Vos sabés lo que quiere decir! ¡Claro que lo sabés! Una idea te conduce hasta otra idea y, de idea en idea, el pensamiento viaja como una pelota de golf, hasta que lo embocás en un hoyo que quedaba muy lejos del punto de partida. Pensás en el mate —por ejemplo— y del mate pasás a la yerba, y de la yerba a la vieja historia de los mensús explotados. ¿Me comprendés? ¡Asociación de ideas! O si no, pensás en una fiesta popular, una fiesta como la del 22 de agosto, y pasás a otra fecha, 11 de noviembre, y de los comicios de 1951 —que es como si te dijera los comicios de 1946—, de allí, ¿sabés adónde pasás, adónde pasamos? ¡A la farsa electoral de una época ahora derribada y suprimida! ¿Me seguís comprendiendo? ¡Asociación de ideas, Mordisquito! Porque a mí no me vas a contar cómo votarás en noviembre, cómo votaste hace cinco años, *¡y cómo votabas hace veinte!* ¡No, a mí no me la vas a contar! Yo no te hablo de tu sufragio en sí, de la opinión libre y honrada y respetada que dejarás caer en la urna. No, no, yo te hablo de otra cosa, ¡vos sabés muy bien de qué! Yo te hablo de aquella indignidad que se había hecho costumbre, de aquellos comicios donde los malevos opinaban a balazos y donde tu

opinión merecía tan poco respeto como tu libertad o tu vida misma. Entonces no importaba cuáles eran los hombres amados por el pueblo, y el poder pasaba de mano en mano, no como una preciosa conquista de los humildes sino como una componenda de compinches. Entonces el escrutinio no era una ceremonia sino una complicidad. Entonces, algo tan importante y tan trascendente como la elección de un funcionario que iba a presidir, no la comisión de fiestas del Club Jazmines Juveniles, sino los destinos de una patria, algo tan legítimo y tan sagrado como esa elección, se convertía en la comedia vergonzosa de los que hacían saltar los lacres de la urna o en el descarado de los compadritos a sueldo que te señalaban el cuarto oscuro con el caño del revólver. ¿Te acordás, Mordisquito? Eran los años del comité que chorreaba vino barato y olía a empanadas gratuitas; los años en que los muertos abandonaban su indiferencia y se incorporaban a la caravana de los que votaban al oficialismo; los años en que la libreta de enrolamiento no era un documento sino una changa; ¡la época en que asomarse al padrón era como asomarse a la infamia! Entonces —no me digás que no te acordás—, salir rumbo al comicio no era lo que fue en 1946 y lo que será en 1951: ¡una sencilla y respetuosa atribución con garantías! ¡Salir para el comicio era una aventura que olía a provocación, a sablazos y a pólvora! El padre de familia salía a votar y la familia se quedaba rezando. Porque en una de éstas había un cambio de opiniones y el sufragante volvía... ¡no, no volvía!, *lo traían*, y a cambio de la libreta de enrolamiento le habían dado un tajo o un balazo, ¡y no exagero! ¡No, no; vos no podés decirme que exagero! Vos votaste conmigo en esas épocas de la chicana, la desfachatez y el fraude, y entonces mis palabras de ahora, las palabras con que estoy jugando al golf entre dos fechas, tienen que meterse en

tus convicciones y resonar allí dentro con una retumbante franqueza de campana que no me podrás desmentir. ¿Entendiste, Mordisquito? *Asociación de ideas*, enlace de una mesa electoral presidida por el talero del fascineroso y de estas mesas que te dieron hace cinco años y que volverán a darte para que opinés como vos quieras, en plena, en absoluta, ¡en tranquila disposición de tu libertad, de tu vida y de tus deberes! ¿Verdad que estás asociando ideas, Mordisquito? ¡Andá, jugá un poco al golf y verás qué bien te hace! Porque a mí no me vas a contar que no te gusta jugar de esta manera. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXXIV

¡Claro, Mordisquito, yo conozco la calidad de tu disgusto o de tu desprecio! —porque vos despreciáis y porque vos estáis disgustado—. ¡Y sé por qué estás disgustado! ¡Porque tocan mal el arpa! ¿Qué? ¿Que no sabés de qué arpa te estoy hablando? Dejáme que te cuente, Mordisquito, porque esto le pasó a Pepe —un amigo— y Pepe se parece mucho a vos. Fuimos él y yo al circo y empezó el número de un equilibrista. ¡Descomunal el equilibrista! Se subía a una escalera parada de punta y al llegar allá arriba ponía un banquito, sobre el banquito un tarro de yerba, después del tarro un asiento de bicicleta, ¡también haciendo equilibrio el asiento! Y allí se sentaba él, y mientras la escalera daba vueltas sobre sí misma este bárbaro hacía juegos malabares con tres botellas en las manos, con los dos pies tocaba el arpa, ¡y, claro, todos aplaudíamos como locos! ¡Figurate! ¡Un número estupendo! Pero Pepe movió la cabeza como la movés vos, desdeñando, ¿y sabés qué dijo?: «Sí, bueno, ¡pero el arpa no la toca bien!» ¿Y qué querías? ¿Un concierto de la Wagneriana? Jesucristo se asomó sobre el perro muerto y descubrió que sus dientes eran hermosos, pero ni Pepe ni vos buscan los dientes del perro sino que buscan el arpa del equilibrista. Y sí, ya lo sé. Toda obra

monumental puede ser criticada mezquinamente, pero no por el monumento que no admite discusión sino por el detalle que no tiene importancia, el detalle tan chiquito como el que lo critica. Y eso hacés vos; en ese plan mental te colocás vos. Viste avanzar por las calles dos millones de personas felices, y en vez de dejarte arrastrar por el río de su felicidad, dijiste: «Sí, pero mirá como están de cansados... ¡Jeh!... ¿Y esta noche? ¿Esta noche dónde van a dormir?» ¡Y si, ya lo sé, y a mí que me importa! Yo sé que durmieron. ¿Y aunque no hubiesen dormido? ¿Con eso qué? ¡Si ellos no habían venido para dormir sino para demostrar que estaban despiertos! ¿Entonces? ¿No podían darse el lujo de sacrificar una noche de sueño, ahora que tienen el sueño asegurado por todas las noches de su vida? ¡Pero, claro, mientras ellos cumplían fervorosamente con la música de sus corazones, vos la seguías con el arpa! Pero, dejá el arpa, Mordisquito, no busqués injustamente el detalle mínimo porque vos no podés asomarte a la mañana de un día radiante y decir: «¡Sí salió el sol! Pero abajo de ese árbol hay sombra!» ¿Y por qué te vas a fijar en la sombra si hay sol? Es como si en una cancha de fútbol, de pronto, faltando un minuto para finalizar el partido, un arquero atajase un penal y salvase así el campeonato, y vos dijeras: «Sí, el penal lo atajó, pero quedó todo embarrado». ¿No ves que eso es criticar el arpa? ¡Es como si protestases contra el transporte por que los ferrocarriles son nuestros y los tranvías y los ómnibus, pero vos subís y comprás el boleto y resulta que el boleto no es capicúa! Pero, ¡qué barbaridad! ¡No te lo dieron capicúa! ¿Entonces, qué hacés que no pedís el libro de quejas? ¿Entendés, Mordisquito? No es posible enfrentar este iluminado mundo de las conquistas enormes, y enfrentarlo desde el rincón de las arañas, revisando los hechos con la lupa de tu mal humor y

tu mala voluntad. Hay sol, Mordisquito; sol a baldes, y vos no podés despreciar ese sol únicamente porque entrás en el sótano y está oscuro. Ponéte en el plano del sentido común, y a la grandeza que te ofrecen considerála con la grandeza de tu ánimo, no con la pequeñez porque vos tenés un centímetro de hule. Y con eso no podés medir el Aconcagua. ¡Se te acaba el hule, Mordisquito! ¿Entendés lo que quiero decirte? ¿Sí, entendés? ¡Hay que aplaudir al equilibrista y ponerle un moño al arpa! Si hace un millón de cosas, ¿qué te importa que el arpa la toque mal? ¿Sí, Mordisquito? ¿Verdad que sí? ¡No seas obstinado y decíme que meterás el moño, no la púa! Porque a mí no me vas a contar que conocés el detalle chiquito y no conocés la obra... ¡inmensa! No, a mí no me la vas a contar!

XXXV

¡No, Mordisquito! ¡Te hablo de lo de Burzaco! Vos no fuiste nunca, no, pero yo sí quería tener frente a mis ojos ese precioso mundo de los ancianos felices y respetados. Y no fui a un asilo; no, Mordisquito, ahora ya no hay asilos. Yo fui a un hogar, donde los hombres viejos recobran su vida respetable y vuelven a ser útiles con la más serena y hermosa utilidad.¹ Y hoy se cumple una fecha, Mordisquito. ¿Sabés cuál? ¡No me digas que no la sabés! Hoy hace tres años que el presidente de la República recibió la declaración de los Derechos de la Ancianidad. Yo sé que a vos esto no te va ni te viene. Primero, porque sos joven todavía, y después porque vos tenés una estrecha costumbre, Mordisquito: observás únicamente lo que pasa a tu alrededor, en tu hogar, tu familia o tu ambiente. Y, claro, los ancianos de tu familia siempre vivieron una vejez tranquila, sin las alternativas del desamparo o el hambre, y tus padres son dos amigos dichosos, y la abuela un amor sin problemas, que vive sus últimos años envuelta en el cariño bochinchero de los nietos, y

¹ Alude al Hogar de Ancianos de Burzaco, perteneciente a la Fundación Eva Perón y modelo en su género. (*N. del E.*)

es la flor nevada de la familia. Una rosa blanca que se va inclinando de a poquito y que cuando llegue el momento se quedará quietita, así, como ha vivido: amorosamente, Mordisquito, querida y resguardada. Una flor de esas que uno guarda luego entre las hojas de un álbum, para siempre, y, claro, vos nunca conociste otros ancianos que éstos. Y entonces yo te hablo del paraíso de Burzaco, te menciono no el asilo humillante sino el hogar digno, te recuerdo la fecha de esta enorme conquista y vos no entendés ni mis palabras ni mi intención. No las entendés porque vivís en un mundo que nunca tuvo ni expectativas ni angustias. Pero había otros viejos, Mordisquito, los tristes y los solitarios, los que giraban lentamente para mirar el camino recorrido y se hacían esta pregunta sin esperanzas, esta pregunta inhumana y terrible: «Para qué caminé? ¿De ese camino, qué me queda? ¿Qué quise tener, qué soñé tener y qué tengo ahora?» ¡Ah, vos no supiste que existían estos viejos! Y, claro, en tu familia la vida no era una hipoteca sino un premio. La juventud, Mordisquito, es una bandera alegre y flameante, y saltamos las barricadas de la vida con ella en alto, cantando y desafiando. Después, cuando llega el crepúsculo y avanza la caravana cansada de los viejos, hay que envolver la bandera y guardarla melancólicamente como un trofeo de las batallas ganadas y perdidas. Pero a veces los ancianos olvidados y despreciados debían volver al combate, a ganarse la vida que se habían ganado mil veces, y en las manos fatigadas aquella bandera de los impulsos jóvenes se convertía —¿sabés en qué?— en la marejada del andrajo, Mordisquito. Lo que debía conservarse como una reliquia se arrastraba como un harapo. ¡Y sí, ya lo sé, vos no conociste este dolor de los viejos tirados a la calle! No, no; en tu familia los abuelos sonreían, y yo no me levanto contra esa sonrisa,

¡no, qué esperanza, al contrario, la bendigo! pero sí me levanto contra la negligencia y contra la indiferencia de otros tiempos. ¡Miles y miles de ancianos salvados de la infamia y del hambre, techo para todos, pensiones a la vejez, descanso y respeto en sus últimas horas, y no la limosna sino la dignidad, y no el asilo, sino el hogar! Mordisquito, andá a Burzaco. ¿Qué te cuesta? ¡Está tan cerca! ¡Yo te llevo! Porque lo que te digo son palabras, y allá están los hechos, los hechos que vos te obstinás en no reconocer. Porque a mí no me digás que lo tuyo es convicción. ¡No, no; lo tuyo sigue siendo obstinación! ¡Y, claro, a mí no me las vas a contar!

XXXVI

¿Y por qué no? ¡Vos dirás que no, pero los hechos están diciendo que sí! ¿Y por qué las mujeres no podían intervenir como nosotros, no en la politiquería del enjuague sino en la política de un país que se salva y de una nacionalidad que vuelve a hacer pie? La vida sigue, pero todo evoluciona, Mordisquito. Si hasta el dolor y el amor evolucionan. No podemos aferrarnos a las viejas costumbres y a los viejos defectos con la terca perseverancia del gato de la casa que está en ruinas... ¡y sigue metido en las ruinas! ¡Y no, ahora las cosas han cambiado, ahora las mujeres tienen tanta dignidad cívica como los hombres! ¡Y claro! ¿Por qué no iban a tenerla? Revisá la historia, Mordisquito, y a la sombra del héroe encontrarás siempre el impulso y la fortaleza que nacían en la mujer querida. ¡Tantas hubo y tantas conocés! Claro que entonces el mundo avanzaba de una manera más cautelosa, el progreso no volteaba ese montón de barreras sin sentido y la función femenina era simplemente tutelar: tender la mesa, preparar el ladrillo caliente envuelto en la pañoleta o hervir la manteca en el vino para cortar un resfrío. Función irremplazable, imagináte, la función doméstica y reposada de tu madre o de la mía, mujeres sencillas que actuaron sencillamente en la época de la sencillez.

Pero hemos evolucionado, Mordisquito. Si aceptaste que la mujer saliera a la calle para ponerle el hombro a tu iniciativa y para trabajar con vos y como vos; si aceptaste el esfuerzo, al mismo tiempo heroico y risueño, de la mujer trabajadora, y consideraste su actitud como un deber, ¿por qué al que cumple un deber le vas a negar un derecho? ¡Y no, no se lo podés negar! ¿O qué querías? ¿Que la mujer fuese igual a vos en el momento de la fatiga y que fuera menos que vos en el instante de la recompensa? ¡Y no! Mirá: desde hace muchos años —digamos treinta, cuarenta—, la magnífica mujer argentina, las nietas de aquellas abuelas criollas que ayudaron a escribir la historia, tu mujer o tu hermana, tenían pleno derecho a intervenir en los destinos del país, estaban capacitadas para disfrutar los instantes felices de una patria o para mejorar los instantes complicados. Y recién ahora la inteligencia y el cariño con que te construyen esta Argentina nueva dignifican a la mujer y la colocan para siempre en el plano de los protagonistas; y está bien. Así debe ser, ¡porque no podemos vivir absurdamente en la casa estropeada y vacía! Pensá, Mordisquito, en el fervor tremendo que las mujeres han demostrado en los últimos años de reconquista apasionada. Pensá en las obras enormes que una sola mujer ha hecho para tu patria. Y frente a esas obras monumentales, ¿es posible que no comprendas todavía qué derechos les asisten a las compañeras de tu nacionalidad? ¡Y no! ¡A mí no me podés contar que no lo comprendés! Dejá el pasado. Ya está en la percha, colgado junto a un montón de desencantos. Pero pensá que si ahora las mujeres se lanzan alegremente, lealmente, a la función cívica es porque hay una nueva fuerza que las empuja, ¡y vos no podés mantenerte al margen de estas verdades que te digo, y que te las digo porque me las enseñaron ellas con su ejemplo claro y valeroso! Vamos,

Mordisquito, dejá que el gato se pasee maullando sobre los escombros y entrá valientemente en esta época llena de momentos flamantes, de justicia y de claridad. ¿O preferís el oscuro afecto de la casa en ruinas? ¿No es muy literario eso? ¡Vamos, no me digás que preferís ponerle las espaldas al techo que se te cae encima, y así vencido, así inclinado, protestar contra el desfile de las mujeres victoriosas! ¡No, qué vas a preferir! ¡A mí no me la vas a contar!

XXXVII

Mordisquito: ¡me voy! ¡Qué gracia! ¡Lo mismo que el manisero! Sí, Mordisquito: ¡me voy! Y sé que no vas a olvidarme. ¡No, qué me vas a olvidar! Descansarás de mi voz, pero no de mis evidencias. Sí, no te rías. Yo sé que ahora que me voy es cuando más voy a estar contigo. Parece un contrasentido, ¿verdad? Pero vos sabés que no. Sabés que yo tengo la perseverancia de esos grillos que cantan y cantan porque están seguros de que su esfuerzo alcanzará la noche. Y los grillos saben que la noche es buena, porque les trae el silencio que los deja oír. ¿Me comprendés, Mordisquito? Por eso te he hablado tanto, seguro de persuadirte. Porque yo ya sé —como los grillos— que me va a ayudar tu noche y que vas a escuchar-me y que vas a pensar. Porque te conozco de memoria, Mordisquito. Vos tenés ese orgullo criollo de defender hasta los errores, porque un día comprometiste tu mano y tu palabra. Te embanderaste de buena fe con una idea, sin imaginar siquiera que los encargados de hacerla flamar, en lugar de levantarla bien al cielo la iban a llevar arrastrando por todos los caminos y que iban a elegir de los caminos —con una preferencia miserable— aquellos que tenían más barro. «¡Diste tu mano y tu palabra!» ¿Y ahora? ¿Cómo te vas a volver atrás? ¿No es cierto? «La

patota te miraba.» Es muy criollo ese miedo al ridículo. Vos, en el fondo de tu alma, sabés que te equivocaste, pero «diste tu mano y tu palabra». Sabés que otros tienen la razón, pero vos «diste tu mano y tu palabra». Estás poniendo lo mejor que tenés, tu lealtad, al servicio de un error imperdonable. Y, claro, «no es de hombres el aflojar». Seguí en el tango. Se te hizo piedra en la conciencia la imagen —gorda y sentimental al mismo tiempo— de que un hombre no debe moverse de sus convicciones. Y ¿por qué no? Si la propia convicción es un error, ¿cómo se puede insistir maniáticamente en la equivocación? ¡Eh! No, Mordisquito. Porque «diste tu mano», te enrolaste con los verdes, vos —¡duro ahí!— ¿vas a morir siempre verde? Pero, eso no es convicción. Eso es amor propio. El más ordinario amor propio. El que hace que no quieras entender nada de lo que está ocurriendo. Mirá, Mordisquito, todo se ha movido en el mundo. ¡Nada está en su sitio! Estás asistiendo al momento más dramático de la historia del hombre civilizado. Asistís al fracaso de todos los sistemas, al fracaso de todos los sistemas políticos, sociales y económico utilizados por el hombre hasta la fecha, para lograr una vida menos miserable y una convivencia en paz que no se ha conseguido en ninguna parte de la tierra más que en tu patria, Mordisquito, ¡y no querés entenderla! En tu país se está produciendo la revolución más sensatas de que se tenga memoria. ¡Pero vos, firme en tu obstinación! No querés aceptar que la necesidad crea sus genios y los crea para su propia defensa. No, vos no querés entender nada, no querés aceptar nada. «¡Ah!... ¡Ahora tenés auto!... ¿Eh?» Y sí que tengo auto. Siempre lo tuve. ¡En una época tenía hasta dos! ¿Y qué hay? ¿Querés herirme con sospechas feas que nadie se merece? ¡Ni vos! Sí, Mordisquito, siempre tuve auto. Lo que no tuve nunca fue esta dicha de asistir

a una revolución como la presente, con la que se le ha dado tanta felicidad a un pueblo con tan poco dolor. Yo sé que ahora me tenés fastidio, Mordisquito; pero sé que un día me vas a querer. Sí que me vas a querer, Mordisquito. Porque yo no soy tu enemigo, ni estoy equivocando, y el día que me entiendas te vas a entristecer de haber tardado tanto. Por eso te dejo. Porque creo que voy a ser más útil para vos cuando, en vez de hablarte, te deje pensar. Porque sé que vas a seguir escuchándome, Mordisquito. Cada vez con menos rabia vas a seguir escuchándome. Yo voy a estar en el grillo de tus noches, en la canilla que gotea, en el ropero que cruje a medianoche, en el humo final del pucho que apretás rabioso contra el cenicero, en el chas-chás del cinc cuando llueve, en todos los pequeños ruidos de la obsesión, allí voy a estar yo, Mordisquito, con mi voz de grillo, persiguiéndote, persuadiéndote. Aunque me marche —como me marcho ahora—, sé que seguirás oyéndome, como al grillo, Mordisquito. Yo te anticipo ahora el abrazo que vos me vas a dar un día. ¿Qué no me lo vas a dar? Vamos, testa dura, ¿a quién se la vas a contar? Hasta siempre, Mordisquito. Hasta siempre, Mordisquito.



SEGUNDO CICLO

I

¿Vos te creés que yo tenía la menor sospecha de que iba a reanudar estas audiciones? ¡No! Si te lo dije todo. Treinta y siete noches te hablé, treinta y siete noches en que te lo dije todo y vos no entendiste nada. Mejor dicho, no es que no me entendiste. No quisiste entender, que eso es peor. Pero te hablé treinta y siete noches y creo que ésa fue la embarrada. Yo debía haberte hablado treinta y siete días, siempre de día. La almohada, es un elemento muy valioso en la vida de la gente, pero la almohada sola, entendés, sin la noche. La almohada y la noche juntas son un peligro tremendo para la gente que como vos acuña desesperanzada la idea de una rehabilitación que no puede llegarle, que no debe llegarle porque sería la desgracia de todos.

¿Entendés? Porque la noche es terrible. Porque a muchos como vos les da una idea deforme de la realidad y porque el insomnio tiene la virtud de transformar en razonables las cosas más injustas. Lo tuyo, por ejemplo. ¡Que querés volver! Lo tuyo, que es monstruoso porque es historia y está escrito en la memoria, en los papeles, en las cárceles, en los muertos y en los vivos que están muertos. Sos el pasado, el pasado más cruel que haya vivido nación alguna. Porque ningún país nació a la vida

con tantas posibilidades para ser dichoso como este tuyo y ninguno padeció tanta injusticia y tanta barbaridad como este tuyo y por tu culpa. Sos el pasado que quiere volver por amor propio, sólo por amor propio. Idea mezquina la tuya en esta hora de las grandes decisiones, tan mezquina la idea que de tanto andarte a pie por la cabeza ella misma se te ha detenido avergonzada en las sienas y te late como si tuvieras un kilo en cada una.

¿Y sabés por qué? Porque tu idea y yo sabemos que no debés volver. Y vos también, en el fondo de tu alma, aunque lo escondas, sabés también que no debés volver. Por decoro. Por recuerdo. Por historia. Sos la imagen del retroceso, de la injusticia, del hambre, del entreguismo. Y el pueblo lo sabe, como lo sabés vos. El pueblo lo sabe, porque lo padeció, que venís de viejos partidos que nunca hicieron nada en beneficio del pueblo que es la patria y que si alguno de los tuyos, alguna vez, intentó portarse bien, se cansó en seguida. Fue solamente algún abuelo que se murió hace mucho. El pueblo sabe que vos sos nieto, que todos ustedes son nietos, que ninguno de ustedes hizo nada más que ser nieto, nieto de la plata, nieto de las ideas. Que desde la muerte de ellos, hasta la llegada de este gobierno, hubo un vacío de dignidad y esfuerzo que vos pudiste llenar y como un criminal no cumpliste ninguna de las veces que se te dio el gobierno.

Porque vos no sos una esperanza, ni una incógnita. ¡Vos gobernaste! ¡No una vez, sino varias veces... y mal! ¡Gobernaste mal! Infamemente. Y el pueblo sabe eso, como sabe todo. Reconocé entonces que es mal negocio para un pueblo tu vuelta al poder si para respetarte un poco ese pueblo tiene que pensar en tu abuelo.

Mal negocio para un pueblo como éste que está frente a un gobierno de asombro que le ha dado lo que ni Dios ni la madre le dieron en mil años. De un gobierno que

ha puesto en marcha a la patria hacia un destino que nadie, nada más que él solo, puede conducir por una razón sencilla: porque este gobierno, en vez de seguir lo clásico que era tan cómodo, se metió en el tembladeral de las revisiones alcanzando a cada uno la proporción de dicha que le corresponde, revolución gloriosa que se alcanzó con el esfuerzo de unos cuantos para felicidad de todos, tan afortunada como revolución que vos, para darle alguna posibilidad a tu propaganda, tenés que ofrecer en tus discursos migajas de esa doctrina triunfante. No creas que no te oí; bien claro que lo dijiste en una proclamación: «Y podemos asegurar a los obreros que si llegamos al poder las conquistas obtenidas no se perderán». ¿Obtenidas por quién? Por este gobierno. ¿Y si las obtuvo este gobierno, por qué te van a votar a vos?

Has perdido hasta la sensación del ridículo. Mirá: este gobierno es tan perfecto que, por lograrlo todo, hasta nació de un carozo: no arrastra taras, no arrastra pasado, sólo tiene un presente indiscutible y un porvenir que da envidia.

Sí, Mordisquito. Vos sabés que no debés volver. Como sabés también que en el cuarto oscuro tus candidatos y vos lo van a votar a este gobierno. Sí, calláte. Yo sé lo que te digo. Si esto no fuera tan serio, si se pudiera hacer la broma, me gustaría que los peronistas todos te votáramos para verte disparar al extranjero horrorizado del triunfo, espantado de no saber qué hacer con un país cuyo destino no entendiste nunca y cuyo bienestar te repugna. Hasta mañana, Mordisquito. Vengo por pocos días porque me has hecho volver, pero es la hora de las definiciones y yo tengo la obligación de decirte por qué no te prefiero ni yo, ni este pueblo. Tengo cincuenta años y una memoria de fierro. Y en esas condiciones, ¡no me la vas a contar, Mordisquito!

II

Bueno, mirá, lo digo de una vez. Yo no lo inventé a Perón. Te lo digo de una vez, así termino con esta pulseada de buena voluntad que estoy llevando a cabo en un afán mío de liberarte un poco de tanto macaneo. La verdad: yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón, la milagrosa.

Ellos nacieron como una reacción a tus malos gobiernos. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón ni a su doctrina. Los trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habían enterrado en un largo camino de miseria.

Nacieron de vos, por vos y para vos. Ésa es la verdad. Porque yo no lo inventé a Perón, ni a Eva Perón. Los trajo esta lucha salvaje de gobernar creando, los trajo la ausencia total de leyes sociales que estuvieran en consonancia con la época. Los trajo tu tremendo desprecio por las clases pobres a las que masacraste, desde Santa Cruz a lo de Vasena, porque pedían un mínimo respeto a su dignidad de hombres y un salario que les permitiera salvar a los suyos del hambre. Sí, del hambre y de la terrible promiscuidad de sus viviendas en las que tenían que hacinar lo mismo sus ansias que su asco.

No. Yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. ¡Vos los creaste! Con tu intolerancia. Con tu crueldad. Con la misma crueldad aquella del candidato a presidente que

mataba peones en su ingenio porque le pisaban un poco fuerte las piedritas del camino a la hora de la siesta.

Sí, yo sé que te fastidia que te lo recuerde. Es claro, pero vamos a terminarla de una vez. Porque yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. Los trajo la injusticia que presidía el país. Porque a fuerza de hacer un estilo de tanto desmán, terminó por parecerte correcto lo más infame. Claro, a vos no te alcanzaba esa injusticia. Tendrías, como un señor que yo conocía y que iba todos los meses a cobrarlo, un puesto de ama de cría para cubrir sus gastos, que se lo pagaban oficialmente, y un sueldo para salir con el Klan.¹ Yo me acuerdo del Klan. Y vos también. Aquella mafia siniestra que salía sólo para aterrorizar gente y mataba una vez a gomazos, otra vez a tiros y a veces con el camión para hacerlo más divertido. No, si la memoria fastidia. Pero yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón. Los trajo la estulticia que manejaba el país. Mirá, si vos hubieras estado en la Semana Trágica como yo y como tantos, en Cochabamba y Barcala, y hubieras visto morir primero a aquellos cinco, luego a cientos y hubieras visto masacrar judíos por una «gloriosa» institución que nos llenó de vergüenza,² no hubieras formado nunca más parte de ese partido que integrás por amor propio y quizás por ignorancia de tantos hechos delictuosos que son los que empezaron a preparar la llegada de Perón y Eva Perón. En un país milagroso de rico, arriba y abajo del suelo, la gente muerta de hambre. Los maestros sirviendo de burla en lugar de hacer

¹ Habla del Klan radical, organización de choque que actuó a principios de 1930. (*N. del E.*)

² Se refiere a la Liga Patriótica de Manuel Carlés. (*N. del E.*)

llorar porque estaban sin cobrar un año entero. ¡No! ¡Y todo vendido! ¡Y todo entregado!

Yo sé que te da rabia que te lo repitan tantas veces, pero es que entristece también pensar que no lo querés oír. El otro día en un discurso oí que decías refiriéndote a un gobierno de 1918: «Ya por ese entonces los obreros gozaban...» ¿De *qué* gozaban? ¡Los gozaban!, que no es lo mismo. Y sí, Mordisquito, ¡los gozaban!

La nuestra es una historia de civismo llena de desilusiones. Cualquiera fuese el color político que nos gobernó, siempre la vimos negra. Aspiramos a gozar y al final nos gozaron. ¡Todos! ¡Siempre!

Una curiosa adoración, la que vos sentís por los pajarones, hizo que el país retrocediese cien años. Porque vos tenés la mística de los pajarones y practicás su culto como una religión. Cuanto más pajarón él, más torpe y más crédulo vos. Te gusta oír hablar a la gente que no le entendés nada; la que te habla claro, te parece vulgar. Yo también entré como vos y, ¿por qué no confesarlo?, me sentía más conmovido frente a un pajarón que frente a un hombre de talento. El pajarón tiene presencia, tiene historia, larga, la que casi siempre empieza con un tata-rabuelo que era pirata. Yo también me sentía dominado por los pajarones cuando era chico. Ahora, ¡no! Cuando era chico, sí. ¡Pero no ahora, Mordisquito! Salváte de los pajarones. El fracaso —por no decir la infamia— de los pajarones fue lo que trajo como una defensa a Perón y a Eva Perón. Pero no fui yo quien los inventó.

A Perón lo trajo el fraude, la injusticia y el dolor de un pueblo que se ahogaba de harina blanca y una vez tuvo que inventar un pan radical dé harina negra para no morir de hambre. Tampoco te lo acordabas. ¡Ay, Mordisquito, que desmemoriado te vuelve el amor propio!

Te dejo. Con tu conciencia. ¡Perón es tuyo! ¡Vos lo trajiste! ¡Y a Eva Perón también! Por tu inconducta. A mí lo único que me resta es agradecerte el bien enorme que sin querer le hiciste al país. Gracias te doy por él y por ella, por la patria que los esperaba para iniciar su verdadera marcha hacia el porvenir que se merece. ¡A mí ya no me la podés contar, Mordisquito! Hasta otra vez, sí. Hasta otra vez.

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2006
en: **Talleres Gráficos Fervil S.R.L.** - Santa Fe 3316
2000 Rosario - Santa Fe - Argentina - Tel: 0341 4372505
E-mail: fervilsrl@arnet.com.ar